Crítica Magazine

AÑO II. BUENOS AIRES, Lunes 30 de Mayo de 1927 N.o 29

HISTORIA DE BUSTER KEATON, EL VENDEDOR DE SU RISA

ESTOY aquí sentado, contento con mi padre y con mi patria. Vengo de respirar el ancho aire del campo, de llenarme de tierra los ojos y el alma.

Pero prefiero este Canadián, ligeramente dulzón; estos vidrios animados que la jazz desencolada limpia cada vez más, afinándolos, haciéndolos nerviosos y luminosos; este café moderno en donde la cocktailera es otro endiablado instrumento de mi amigo Jimmy.

Ahora déjenme aquí, anclando mi maderas fatigadas en el vaso, refugiado en un hueco de la música optimista.

En la percha he dejado junto con mi bastón de puño de marfil, mi verdadera personalidad y el amor de una provinciana. Hoy, soy aquél, hoy soy mi hermano, el otro Raúl. Mi alegría es demasiado de pájaro, tengo miedo a que se escape, por eso me aprieto el alma como el nudo de la corbata.

Es lindo redondear los ojos en la contemplación de la vajilla que tiene vida, de los metales relampagueantes cuyos pequeños duendes danzan, danzan...

Hago como que me asomo a una ventana. Me coloco la ciudad como un caracol en el oído. Y oigo cómo suena la cuidad. La noche incendiada de 25 de mayo, está llena de niebla. La niebla ha irrumpido de pronto en el país de los affiches. El país de los affiches, es una verdadera república de asombrosa organización.

Prepara barmán judío, el alcohol que ha de calentarme. Sazona el "Corazón de Indio" con las uvitas de tus pecas, hasta que tu cutis se haya afinado tanto como mi alma. Acuna la cocktailera con tus carcajadas clandestinas.

Mientras la jazz relampaguea como los metales descabezo un absurdo acompasamiento.

Alguien ha entrado en mis ojos. Siento sus pasos sobre mis miradas. Es el affiche de enfrente. A medida que se acerca yo salgo del bar arrastrado por él:

CON LA SOGA AL CUELLO

Por Buster Keaton

Ya frente a la cortina blanca, comienzo a reír, a reír...

* * *

—Señoras y caballeros: Por un rápido proceso nemotécnico he llegado a la conclusión que en tiempos lejanos fuí uno de esos risueños juglares que desparramaban los "faibleaux" por los tinglados de Francia. De ahí mi afán de contar cosas extraordinarias. Sí, señoras y caballeros, yo soy muy optimista.

Cuando mi amigo Mr. Wells se decida a escribir la nueva historia del mundo, en circunstancias en que sea jefe de una de las estaciones del porvenir, no olvidará la noche del 26 de marzo de 1907.

* * *

Aseguro que Buster Keaton, el cómico más serio del mundo fué un día el verdadero campeón de la carcajada.

...mo que Buster Keaton ha dejado una canilla mal cerrada en su vida.



Es tan desgraciado como Carlitos Chaplin, aunque Natalia Talmadge no se parezca a Lita Grey. Su desgracia proviene de no conseguir que el espejo se ría. Nunca ha hecho reír a un espejo el hombre que ha hecho reír hasta a los académicos.

Esa desgracia lo acompañará siempre como su sombra, que no podrá vender como el abuelo, a cambio de una escritura maya en las minas de Yucatán.

Buster Keaton ha enredado sus pasos en los papeles inútiles que los filósofos arrojan por las ventanas de la noche. Nació en un panorama de paraguas rojos y veletas donde las glicinas perfumaban a Dios sobre la capillita, pero nació de un payaso y una écuyère y su infancia fué nómada como los primitivos hombres propiamente dicho. De ahí le vino el amor a los astros que no pudo frecuentar, porque las lucecitas del circo se lo impidieron.

por **RAUL GONZALEZ TUÑON**

Pero jamás pudo lograr el amor de la reina de los Faroles Chinescos.

Supo la locura del barman en las farmacias de la Unión, y sus ojos giraban desde entonces, sin expresión, como las multicolores columnitas siempre a la puerta de las barberías.

Vivirá creyéndose culpable de algo que nunca cometió. Como aquél que en la penumbra de un biógrafo, en donde han arrojado rapé, es el blanco de todas las miradas y comienza a creer que él lo ha arrojado.

* * *

Aquel día, los "Keaton Troupe" debutaban en Hootville.

Los hombres sandwich, como paredcitas ambulantes, se colgaron de todas las esquinas y en esos improvisados pizarrones, los chiquillos borronearon el nombre de Carlitos Duggan, con una leyenda inmoral que amedrentó a las viejas de la feria.

Guapos del Oeste, habían agujereado los faroles, pero el pueblo estaba encendido en el pregusto del circo que había colgado su luna falsa en el baldío, tan baldío como el corazón de los cómicos.

Las dos mujeres del Dacing estaban tristes como la alfombra, y los mineros barbudos discutían por las primeras butacas. Se rascaban los viejos perros atorrantes añorando el tasajo que el descuido doméstico no había colocado sobre las repisas.

Y Buster Keaton era un niño tan desgraciado como ellos. La carreta de su padre se había detenido en innúmeros pueblos, él se enamoró de muchos horizontes que a la mañana siguiente no estaban allí, porque la carreta los había cambiado por otros.

* * *

Bajo la enorme carpa se encendieron los aplausos urgentes mientras en el camarín de lona, el payaso cosía en su chaqueta la última estrella apagada.

En el palco oficial, estaban los personajes como próximos a filmar y quién lo hubiera conseguido en esos momentos recogería gozo para más tarde. Todos los personajes de Hotville son pedantes y duros de corazón, por eso usan lentes.

Pero en las butacas que rodean ell picadero, estaban además de los amigos de Carlitos Duggan, el asombro de Bety Bronson, que era entonces muy pequeña, tan pequeña como una estampita japonesa, tan pequeña como una sonrisa de bebé, esperando el debut de Buster Keaton, que era para ella tan maravilloso como el que inventó la palabra.

¿Quién habrá inventado la palabra?

Y también el encargado de cuidar la capillita, quien tenía para Bety Bronson el prestigio de haber comido frijoles con el niño Jesús.

Detrás estaban todos los oficios diversos ofrecidos y pedidos que figuran en "La Prensa", amén de otros muy diversos y sospechosos. Había allí colocadores de azulejos y mosaicos, silleros y ebanistas, electricitas, dobladores y capelladas, estucheros desmontadores sastres, tejedores y ebanistas, electricistas, vendedores de estampas, calceteras, prestamistas y contratistas, y hasta el dueño del Hotel de la Corneja.

La musiquita que se ahogaba en la garganta del circo, les infiaba los estómagos que Buster

(Continúa en la pag. 4)

"FACHA TOSTA" en el Teatro Cómico, por ARTECHE



UNAS NOTAS DE ANDAR Y VER

De viaje—

LA vida es un viaje, decían los ascetas, y, corrigiendo la puntería, disparaban sus almas, como dardos, hacia la eterna posada. ¿Por qué decían esto? ¿Por qué elegían ese trozo de la vida —un viaje— como metáfora substancial de la vida entera?

Cuando viajamos se eleva a su última potencia el carácter de fugacidad que es propio a nuestra relación con las cosas. Rodamos sobre ellas y ellas sobre nosotros: sólo nos tocan en un punto, en un instante de nuestra persona, de modo que por blandas, suaves y redondas que sean, su contacto con nosotros tiene siempre algo de punzada, de pinchazo doloroso. Al tiempo que decimos "ya vienen, ya vienen" a este paisaje, a esta amistad, a este acontecimiento, tenemos que ir preparando los labios para decir "ya se van, ya se van". Torres Quevedo debiera inventar un ancla para anclar los minutos. Porque es una pena esta manía de huir que las cosas tienen. "A la manera que no se podría gozar —dice el P. Nieremberg— de la vista de un bizarro jinete lleno de joyas y de galas ,si fuese siempre corriendo a rienda suelta, así tampoco de las cosas de esta vida se puede gozar bien, porque no paran un punto, corriendo a rienda suelta". "Con ser tan limitados —añade— los bienes de la vida, los da tan tímidamente, que la misma vida da por partecitas, y mezcla en ella tantas partes de muerte como da en trozos la de vida". Todo esto y mucho más dice el P. Nieremberg en su "Diferencia entre lo temporal y lo eterno", un libro encantador que podía haber sido escrito por la zorra de la fábula de las uvas. Pues de que no podemos retener las cosas saca el buen padre la consecuencia de que no valen nada, de que son despreciables o, como él dice, "contemptibles" (¿Qué dirían de nosotros, si empleáramos esa palabra, estas dignas personas que forman una guardia pretoriana en torno al Diccionario español?). ¡Hombre, no! Despreciables no: todo lo contrario. Precisamente porque son las cosas maravillosas, su huída apresurada nos deja en el corazón cicatrices. Si las cosas todas fueran dolores de muelas, la fugacidad de la vida sería su mayor mérito.

Mas yo no sé adónde voy a parar con tanto prólogo, porque mi intención era decir una cosa sin importancia ni transcendencia, a saber: que en los viajes se hace extremada la momentaneidad de nuestro contacto con los objetos, paisajes, figuras, palabras, y paralelamente crece y nos acongoja la pena que sentimos de que así sea. Quisiéramos de algún modo fijar algunas de aquellas cosas que pasan a escape, como si tuviesen una cita allá lejos, con alguien que no somos nosotros. Para ello llevamos un cuadernito y un lápiz: apuntamos unas breves palabras, y cuando un día, andando el tiempo, las leemos ,el paisaje, la palabra, la fisonomía que desapareció adquieren cierta supervivencia, una como espectral vida que conserva de la real vagos temas, remotos latidos.

He aquí algunas notas del viaje hecho este verano. No tienen aspiración alguna, no pretenden nada, son palabras sueltas.

Dueñas—

Pocos kilómetros antes de llegar a eVnta de Baños, está Dueñas, un pueblo atroz. Se alza en la caída de un cabezo con aire de pueblo alerta. Es del color de la tierra. Las casa de adobe, bajo la luz de la siesta, casi incorpóreas tiemblan, como hechas de luz y calígine, y una enorme iglesia se levanta en lo alto, defensora y hostil. En torno al pueblo edificado sobre la tierra hay un pueblo de terrícolas, ed hombres que viven como hormigas dentro del cabezo. Allí, sepultos en lasentrañas del montículo, que deben arder con fuego sin llama y sin clarar, con terrible fuego mudo, estos castellanos y castellanas hermanos nuestros duermen, aman, paren. Fuera, el suelo, a lo largo, amarillea, calizo, polvoriento, y el sol de julio hinche con cada una de sus pulsaciones todo el horizonte como un alarido inmenso.

Poco más o menos Baños, donde dejo el tren de Irún para tomar el mixto de León. Vi un árbol en las inmediaciones. En estas tierras el sol de mediodía crea una soledad mucho más medrosa que la de la noche profunda. Es preciso recogerse en el pobre restaurant de la estación: al entrar no se ve nada. La claridad desesperada que inunda el exterior ha absorbido todo el vigor de la retina. Poco después comienza a restablecerse la sensibilidad, y vacilando, con paso de convaleciente, palpando, apoyándose aquí y allá, descubre el flanco sin lustre de un aparador, las filas de copas con las servilletas en forma de cucurucho, las gasas de los espejos mancilladas por las moscas, y en la pared colgando una litografía de un palmo no más, delicadísima exquisita, sutil, hecha con puro espíritu de línea y pura esencia de color. Es del siglo XVIII, y se titula "Les bouquets". Unos galanes de casaquín ofrecen en paso de danza unos ramos de flores a unas damas floridas e ingrávidas. (¡Fondistas, cuidado con mi amigo Pío Baroja, que es coleccionista!).



ORTEGA Y GASSET
(por Bagaría)

La hermana visitadora—

Palencia, Grijota, Villaumbrales, Paredes... Aquí, en Paredes, creo que nació Berruguete, el escultor. Es una aldea grande tendida en el llano, con algunos edificios amplios que deben ser hospitales. ¡Iglesias y hospitales! Obras de la fe, obras de la caridad. Pero en ninguna parte sobre los techos rojizos de estos poblados se advierte la huella de los dedos de la esperanza. Ni verdura en la tierra, ni esperanza en los corazones. Rodeado de esta aspereza tan ardiente, algo gimiendo dentro de nosotros exclama: ¡Esperanza! Y como si acudiera a nuestra llamada, vemos en la fantasía una fontana de agua clara fresca que mana trémula...

Hasta aquí he sido solo en el departamento. En Paredes su ben tres monjas, tres hermanas de la Caridad. Una es joven, pálida y escrofulosa. Otra de mediana edad, con tez y perfil anglosajona. La tercera, a quien ambas atienden y regalan, es vieja, una de estas viejas muy viejas que conservan en sus facciones gruesas una grata blancura, que tienen la mano aún gordezuela, pero ya sin elasticidad en los tejidos musculares. Es dulce, simpática, sencilla, noble y aldeana a la vez. Es la vieja perfecta: debió ser hermosa, y los arcos óseos de sus ojos siguen siendo dos bellos arcos derruídos.

Debe ser esta monja una elevada autoridad en su orden. Por lo que habla, una visitadora que va de hospital en hospital inspeccionando los pequeños destacamentos de este Ejército tan noble, tan respetablye, tan arcaico. ¡Pero es tan vieja! Ha olvidado los nombres de las superioras de todos los conventos que visita: Confunden una "Sor" con otra "Sor". ¡Ha visto tantas! Ni por casualidad acierta una vez. La monja anglosajona, en cámbio, lo sabe todo, y cariñosamente corrige a la anciana. La cual sonríe, sonríe siempre con una sonrisa blanda y universol.

El sol occidente echa unos rayos rubios por la ventanilla que besan y aureolan la faz cetrina de la hermana visitadora. Saca ésta del bolso un abanico de los que vendèn en las ferias con figuras abigarradas en el país.

—En el abanico de mi tonto —dice. En el hospital tenemos un tonto que es muy bueno. El último día de mi santo me dijo (y la anciana imitaba el balbuceo del tonto): "—Hermana, yo le regalaré un abanico" Yo le contesté: ¿Pero si ya tengo, Crispín? Y él repuso: "—No, que es negro; yo "quió" regalarle uno con gente." Mi tonto llama a las figuras gente.

Luego pregunta:

—¿Qué día es hoy?

—Diez y seis de julio — le contestan.

Yda un hondo suspiro, mira la lejanía y dice:

—Pues esta mañana, a las cinco, ha hecho cuarenta y nueve años que salí de mi casa para ir al convento. ¡Qué mañana! No la olvido nunca. Salí con el corazón encogido y me iba acordando de lo que decía Santa Teresa de sí misma: "Cuando abandonaba la casa de mis padres me parecía que me crujían los huesos".

Pero esto lo dice la hermana visitadora envolviendo el antiguo hecho amargo con la sonrisa universal de ahora. Y es como si alguien, acariciando con la yema del dedo una espina, dijera: ¡Pobrecilla! ¡Bastante desgracia tienes con ser tu misión herir!

Las dos lunas—

Las monjas descienden en Sahagun... Y el paisaje más allá cobra en la bellísima puesta de sol una increíble emoción. Azul oscuro el cielo, como en los cuadros de Filipo Lippi: oro viejo veneciano en las apretadas mieses donde los restos de un vientecillo aún gozan revolcándose.

En el momento de entrar la noche, la luna menguante aparece a media altura, como una pupila que va pasando sobre la campiña y quedara llena de estupor. En la alta mies, de súbito surge un labriego que lleva al hombro una guadaña. Se mira en ella la luna y el hierro de la guadaña parece convertirse en una luna tan verdadera como la de arriba. Es un momento de emulación y equívoco: ambas lunas refulgen caminando en sentido inverso. Pero el tren corre y deja ambas a un lado, sin que sepamos, en efecto, cuál es la original.

Geoemtría de la meseta

Al día siguiente, cuando el tren sale de León, es la alborada y el sol — ¡otra vez el sol! — llama con el cuento de su lanza de oro en ventanas y galerías. La ciudad, irradiando reflejos, tiene un despertar de joya.

Allá queda Papalaquinda, el humilde paseo provincial que está en las afueras, peraltado sobre el río De él sube constantemente humedad y vaho.

El tren avanza por la vega entre chopos. León es la ciudad de los chopos, del árbol fiel a toda la meseta, árbol leonés y castellano. Donde quiera se los encuentra, pocos o muchos, acompañando un rato la carretera solitaria, grupándose en torno a un manantial que las palomas frecuentan. Altos, esbeltos, sacudidos de hoja, algunos como altísimas banderas enrolladas. Es el galgo de los rboles. ¡Chopo, galgo!

Según cuentan, fué Pascal tan precoz que, antes de saber leer, había reinventado en sus juegos los principios de la Geometría. Desconocedor de los nombres tradicionalmente dados a los elementos del espacio, llamaba él a lo que nosotros círculo un redondel y a la recta barra. Pues bien, cabe una geometría sentimental para uso de leoneses y castellanos, una geometría de la meseta. En ella la vertical es el chopo y la horizontal el galgo.

—¿Y la oblicua?

—En la cima tajada de un otero, destacándose en el horizonte, es la oblicua nuestro eterno arador inclinándose sobre la gleba.

—¿Y la curva?

—(Con gesto de dignidad ofendida.) ¡Caballero, en aCstilla no hay curvas!

JOSE ORTEGA Y GASSET



T E N N I S

NO ignoro que si este artículo sobre el tennis quiere contar con el respeto de los aficionados, tendré que remontarme a los orígenes del juego, estudiar su aparición y desarrollo y discutir seriamente si es ciencia o sobre la época y circunstancias si es arte.

A fin de disertar eruditamente en que apareció, he mandado al portero en busca del diccionario enciclopédico. Mientras aguardo su regreso, contemplaremos los "pro" y los "peros" que decidirán su ubicación en terrenos del arte o de la ciencia.

Los espíritus obtusos y las inteligencias poco avisadas asegurarán que el tennis no es ni arte ni ciencia, si no un juego. Pero aquellas personas observadoras que ven un poco más allá de sus narices, convendrán conmigo en que el tennis es, a la vez, ciencia y arte. Eso lo he podido comprobar directamente de la realidad, en mi penoso aprendizaje de este juego. En mis primeros partidos, en los cuales nunca supe a ciencia cierta en que lugar de la cancha se encontraba la pelota, comprendí que mis chambonadas solo podrían convertirse en los magníficos "drives" y "smasch" de mis adversarios después de un detenido estudio acerca del movimiento del brazo imprescindible para que la raqueta le pegara a la pelota y no al aire. He dicho "estudio". Esa palabra prueba con suficiencia que el tennis es una ciencia.

Pasaré a probar que también es arte Ahora, después de largos años dedicados a ese estudio, si bien es cierto que generalmente logro pegarle a la pelota, he llegado a comprobar que no es quien más estudio, el que mejor juega. Mi hermanito menor, que hasta hace un mes no había agarrado una raqueta, ayer me ha ganado fácilmente. Al abandonar la cancha estaba convencido de que el jugador de tennis como el poeta, nace y no se hace.

Los orígenes del tennis

Al comenzar este artículo prometí remontarme a los orígenes del tennis y estudiar su aparición y desarrollo. Se recordará que para realizar ese deseo en forma erudita, envié al portero en busca del diccionario.

Pues bien; el portero ha regresado con las manos vacías. No interesan los motivos por los cuales volvió sin el diccionario. Lo que interesa es encontrar el modo para que yo salga del paso.

Ante todo, pongámosnos de acuerdo sobre la época de su aparición. El tennis no es, como muchos creen, un juego contemporáneo. Recuerdo vagamente un grabado en el cual aparecían cuatro señores jugando al tennis en una cancha y con unas raquetas bastante distintas a las actuales. Las vestimentas y las pelucas que usaban dichos señores me hacen sospechar que ese partido se disputó en Francia allá por el siglo XVIII.





El ajedrez de los deportes

El tennis, como los hombres que valen, ha sido calumniado ignominiosamente. No demostraré la inexactitud de la frase dicha por el inglés: "el tennis es un deporte que consiste en recoger pelotas". No lo haré por respeto a la gracia que tiene el parrafito.

Pero lo que mi indignación no puede perdonar es aquello de que el tennis es un juego para señoritas. Esa afirmación se fundamenta en que, si la pelota es enviada violentamente, ella sale de la cancha. Los detractores razonan que, de acuerdo con ello, sólo es posible jugar con una suavidad verdaderamente femenina.

Ese mismo argumento me servirá para probar que el tennis, por su complijidad y perfección, es el ajedrez de los deportes. Es cierto que la pelota sale de la cancha cuando es tirada violentamente, siempre, claro está, que también sea tirada sin precisión. Quien haya contemplado los "drives" de Robson, Boyd, etc., se habrá admirado de que ese pequeño movimiento de rotación que al pasar la red, hace que la pelota baje rápidamen cuando por la velocidad que lleva hace creer que pegará en el alambre.

Y es que el tennis es de una admirable y equilibrada complejidad. Ningún deporte presenta tal número de combinaciones tan bien armonizadas como las que forma el tennis. La relación que existe entre la elasticidad de la raqueta, la altura de la red, el bote de la pelota y las dimensiones de la cancha son sencillamente admirables.

Quien conozca a fondo este juego convendrá conmigo en que merece ser llamado el ajedrez de los deportes. En números anteriores publiqué el elogio del juego de pelota. Decía que era un juego para hombres.

El tennis es un juego para hombres inteligentes.

Para jugarlo, no basta el vigor y el temple incansable. También es indispensable la inteligencia. Como en el ajedrez.

Historia de Buster Keaton, el Vendedor de su Risa

(Viene de la 1.a pag.)

Keaton se encargó más tarde de desinflar a fuerza de risa.

He aquí señoras y caballeros, lo extraordinario del caso. Los caballos de las ecuyeres estaban todos mancados. Los animales de la domadora se resistían a enfurecerse. La voz del payaso se había roto al caer en el picadero. El tramoyista del farol colgó la luna por equivocación y como un bollo de serpentinas la desazón saltó de palco en palco, de butaca en butaca.

Entonces apareció con su traje de acordeón con un pajarito pintado en la espalda, Buester Keaton.

Otros payasos lo arrojaban como una pelota, lo tiraban fuertemente hacia las butacas, como una amenaza, como el disco de los prestidigitadores. Y Buster Keaton se volvía, para caer contra la arena del picadero. Y se reía, con carcajadas verdaderamente sospechosas para ser carcajadas.

Y su risa, contagia a los espectadores como un vicio, como un bostezo, como una enfermedad. Sus risas subían por el palo mayor que sujetaba el toldo y caían haciendo agujeros. Todos reían en tal forma que la carpa se llenó de risas, como de enredaderas hasta que la misma lona comenzó a agrietarse en silenciosas carcajadas, y a abrirse luego como si alguien las apuñaleara.

La risa, la risa que Buster Keaton gastó en esa memorable noche para contagiar a los espectadores, fué tanta, tanta, tanta, que a la mañana siguiente se encontró con que sólo le quedaba un poco de risa. Muy poco.

***

Solamente yo y el dueño del Hotel de la Corneja, vimos entre la sombra de la noche cómo atravesando el país de los grillos, el niño del circo, el héroe de la troupé se perdía en el horizonte. La sombra de la capillita lo acompañó un tiempo, y después cansada, se echó a descansar en el caminito como un perro.

Buster Keaton anduvo, anduvo. Yo me coloqué en el oído la distancia tendida, y sentí cómo palpitaba su corazón diciéndole: No, no, no... ¡Y decían que su corazón era de trapo!

Sólo le quedaba un poco de risa. Golpeó a una puerta y le abrió una desconfianza. Lo hicieron pasar y él dejó afuera su sombra como un paraguas. Era la casona sombría, y el amor no limpiaba los vidrios aunque la travesura de las telarañas no colgaban en los rincones. El hombre, parecía uno de aquellos hombres de la época neardhental, con el cuello tan grueso que no le dejaba levantar la cabeza para ver las estrellas, por eso era un hombre triste. La mujer tenía los ojos detenidos en una orden de silencio. El niño era tan pálido y tan triste que su tristeza era mayor a la de un juguete roto y su palidez más intensa que un arrepentimiento.

Buster Keaton requirió un paraguas y danzó sobre su punta, diez alfileres y se las clavó en el rostro, un paño negro, y lo hizo pasar por el ojo de una aguja, un ademán, y lo petrificó con una palabra.

Pero el hombre, la mujer y el niño, no se rieron. No tenían risa.

Entonces Buster Keaton, rechazó el albergue que le ofrecían, y compadecido, pensó en que bien vendría al niño su poco de risa, el poco de risa que le quedaba aprisionada todavía en la caja de su pobre alma. Dispuesto ya, a no reír en el resto de sus días le cambió al niño la risa que le quedaba, por un escapulario con la imagen desteñida, como un lejano recuerdo.

Y definitivamente, perdió la risa.

***

Por eso él mismo, cuando lo llevaron a Hollywood, escribió el cartelón, el primer cartelón con estas palabras ya célebres:

BUSTER KEATON, EL COMICO MAS SERIO DEL MUNDO

Y lo peor del caso es que, cuando antes de eso volvió a Hootville, los espectadores de la noche del 26 de marzo de 1907, se rieron más que nunca de él. Sólo, el dueño del Hotel de la Corneja y yo, estamos en el secreto. No vayan a repetirlo, señoras y caballeros.

***

—Vuelta el barman a sazonar el Corazón de Indio con carcajadas clandestinas. A mí todavía me queda un poco de risa. Las columnitas de las barberías, veloces y multicolores danzan en mis ojos más alegremente que en los de Buster Keaton. La cortina blanca se ha quedado sola pasando su cinta a la soledad, a la soledad frecuentada por los "astros" muertos, que van a ver pasar su film póstumo. Por la pantalla de la memoria de Buster Keaton pasa el otro film interminable, seguramente, el de su vida absurda de vendedor de risa.

El afiche que me llegó hacia enfrente me trajo de nuevo aquí pero la música se ha escapado por la ventana dejando a su paso un fracaso de vajillas rotas.

LA ACTUALIDAD LITERARIA

AÑO II NVMERO 17

VIDA·POLITICA·ARTE

PARECERES

SVMARIO



REVISTA MENSVAL

BVENOS AIRES

"APARECIO MARTIN FIERRO

Está en circulación desde el sábado último el número 41, correspondiente a mayo, del periódico "Martín Fierro", número que, consagrado principalmente a la poesía española, en la persona de Góngora, como homenaje al ilustre poeta, en el tercer centenario de su muerte, y a los nuevos poetas de la península, trae el siguiente material:

Literatura general y crítica

Jorge Luis Borges: Para el centenario de Góngora. **Ricardo E. Molinari:** A las 3.15 del día 24 en un pasillo de la Catedral de Córdoba. **Pedro Henríquez Ureña:** Góngora. **Arturo Morasso:** Góngora. **Guillermo de Torre:** Tres poetas jóvenes de España. **A. Xul Solar:** Algunos piensos cortos de Germán Morgenstern.

Poesía

Góngora: Cinco sonetos elegidos. **Lope de Vega:** Soneto (Del "Discurso de la nueva poesía"). **Roberto Godel:** A Don Luis de Góngora. **Nicolás Olivari y Raúl González Tuñón:** Canto a Filadelfia.

La nueva poesía de España. Antología. Poemas inéditos remitidos especialmente por sus autores: Mauricio Bacarisse, César A. Cómet, Rogelio Buendía, Federico García Lorca, Antonio Espina, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Luciano de San Saor, J. Rivas Panedas.

Arquitectura, música, pintura y teatro

André Lhote: María Blanchard. **Lamberti Sorrentino:** Fortunato Depero se divierte. **Alberto Prebisch:** Polémica contra Christophersen. **Aníbal Sánchez Reulet:** El hombre en la Luna, tragedia grotesca. **Le Corbusier-Sanguiier:** Arquitectura: estética del ingeniero.

Conciertos Ansermet — Novedades del Colón — Movimiento de librería — Visita de Archipenko — Obras de Güiraldes — "CRITICA Magazine" — Noticias literarias y artísticas — Reproducciones de obras de Depero, Manuel Angeles, Mallet-Stevens, etc.

El sumario que transcribimos da una idea de la variedad que caracteriza a este original e importante periódico que se ha impuesto a la consideración de las personas cultas del país y del extranjero donde es justamente considerada como la publicación netamente representativa de la literatura de vanguardia. Su director, Evar Méndez, así como el escogido cuerpo de colaboradores no omiten esfuerzos porque cada número supere al anterior.

"Martín Fierro" está ya definitivamente impuesto en el ambiente y sus páginas son un testimonio de las inquietudes literarias y estéticas que animan a la nueva generación argentina.

MARTIN FIERRO

Porte Pago — Periódico quincenal de arte y crítica libre — Precio 10 Cts.

Número 41 — Buenos Aires, Mayo 10 de 1927

PARA EL CENTENARIO DE GONGORA

LA PINTURA DE LOS SONIDOS, RUMORES Y OLORES

A las 3 y 15 del día 24 en un pasillo de la Catedral de Córdoba

En el interior: GONGORA, por P. Henríquez Ureña. A. Morasso.—Homenajes a Góngora.—Sonetos de Góngora.—LA NUEVA POESIA ESPAÑOLA, poemas inéditos. Antología y Crítica.—ARQUITECTURA, por A. Prebisch y Le Corbusier.—CANTO A FILADELFIA, por Olivari y González Tuñón.—Teatro, Música, Pintura, Movimiento Literario y Artístico.

ALBERTO HIDALGO

LOS SAPOS Y OTRAS PERSONAS

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES EL INCA

El centenario de Góngora ha sido dignamente recordado, trayendo este número lo mejor que se ha escrito en el país sobre el esclarecido ingenio cordobés.

Molinari, Borges, Ureña y otros firman artículos de primer orden. La colaboración en verso es igualmente valiosa destacándose un poema a Filadelfia firmado por Raúl González Tuñón y Nicolás Olivari.

Sin tiempo para hacer un análisis detenido de este número nos limitamos a poner en relieve su excelencia y recomendar su lectura.

"Páginas de crítica y de historia"

Tal es el título de un libro del señor Raúl A. Orgaz, que trae el siguiente sumario: Córdoba y la guerra del Paraguay — Víctor un do Villara — Ingenieros, sociólogo — Las relaciones de Echeverría con Sarmiento — El poeta Vázquez Ludueña — La historiografía argentina.

En el "Proemio", dice el señor Orgaz, entre otras consideraciones:

"Hemos reunido las páginas de crítica y de historia que forman este volumen, y las ofrecemos a los que se interesan por los temas de la cultura argentina, ya que puramente argentinos son los asuntos que aquí se consideran." "Pensadores contemporáneos han canonizado a la historia hasta identificarla con la filosofía, y se han quejado, al mismo tiempo, de la facilidad conque los hombres cultos de esta época — a lo menos en ciertos países — se entregan al deporte metafísico y al costoso ejercicio de contemplar las cosas sub-specie-aeternitates.

Creen estos graves maestros que hay algún exceso de filosofismo, y que para corregirlo, es menester que el espíritu se vuelva a las saludables aventuras de la investigación histórica y a los problemas políticos — bien apremiantes, por cierto — de la hora actual."

Este libro ha sido editado por M. Gleizer.

* *

Ha sido puesto en venta el nuevo libro de Alberto Hidalgo, titulado "Los Sapos y otras personas", volumen de cuentos de varias índoles, algunos de una moderuidad revolucionaria y otros perpetrados dentro de los más estrictos cánones de la literatura clásica. "Los Sapos y..., etc." es el primer volumen de la biblioteca "Canaán", (Colección Artística Numerada de Autores Americanos Novísimos), que publicará, a razón de uno o dos tomos mensuales la Sociedad de Publicaciones "El Inca".

* *

Amado Villar es un joven poeta cuyo nombre circula desde hace tiempo en los círculos literarios. Ha entregado a la Sociedad de Publicaciones "El Inca", y constituirá el segundo tomo de su colección "Canaán", un libro de poemas titulado "Versos con sol y pájaros". Aparecerá en la segunda quincena de junio.

* *

Editado por la casa Roldán, aparecerá próximamente un libro del Dr. Ramón J. Cárcano: "Hojas dispersas".

* *

El conocido político riojano señor José López González, está publicando por intermedio de la Sociedad de Publicaciones "El Inca" un interesante libro de ensayos, con el nombre de "Conducta".

* *

Los talleres gráficos de la Sociedad de Publicaciones "El Inca" están ultimando la impresión del libro "Crítica y Polémica", 3a. serie, del Dr. Roberto F. Giusti, por cuenta de la Cooperativa Editorial Buenos Aires.

* *

La Editorial Latina, que dirige el Sr. Aldo Rosso, ha encomendado a los talleres gráficos de la Sociedad de Publicaciones "El Inca" la confección de un libro del conocido novelista chileno Carlos Vega López: "La Muerte Vencida". Próxima aparición.

* *

Esta semana será entregado a la circulación un interesante opúsculo de exégesis histórica, titulado "El Coronel Barcala", del que es autor el Sr. José Canale, miembro de número de la Academia Americana de la Historia, y el cual ha sido editado por la Sociedad de Publicaciones "El Inca".

"Pareceres"

Apareció la revista de política, crítica, literatura, arte, etc., llamada "Pareceres".

Este número, entre un variado material de lectura trae un artículo del señor Bala, director de la revista conteniendo absurdas y peregrinas ideas contra el funcionamiento de cursos nocturnos de instrucción secundaria.

El señor Bala es enemigo de la instrucción de los que no pueden concurrir de día a las escuelas y apoya su argumentación — claro está — en el ejemplo de Europa. La Europa caduca, degenerada, enfermiza y escéptica de hoy. Este, señor Bala, es un país vigoroso, libre, lleno de gente nueva, remozada espiritualmente. Nuestra juventud está preparada para todo porque es fuerte y sana y no pesan sobre sus espaldas siglos de tradición nefasta. Es bueno, que lo aprenda.

RAUL A. ORGAZ

PAGINAS DE CRÍTICA Y DE HISTORIA



M. GLEIZER - Editor
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES, 1927

Un libro de Víctor Mercante—

El conocido educacionista Don Víctor Mercante autor de sesudos estudios pedagógicos prepara un libro que editará la casa Gleizer y que llevará por título el de "Maestros y Educadores".



Melodía del Alma que Divaga

¿Qué vago mundo es éste, de sombras y reflejos?
Estoy ausente y solo, como en un largo viaje,
Mientras mi cuerpo ocioso se ha quedado allá lejos
Y, silenciosamente, caído en el paisaje.

Nada le importa al alma de haberse despojado
De su envoltura; pero su melodía es triste;
No es la nostalgia honda por lo que se ha dejado,
Es la tristeza suave por lo que ya no existe.

¿Qué vago mundo es éste? Mi cuerpo está allá abajo,
Y esto que soy es ritmo que vaga en el ambiente,
No sé por qué regiones desconocidas viajo,
Ni cuánto ha transcurrido desde que estoy ausente.

Roberto Ledesma

EL MISTERIO DEL 3 DE ENERO



PENSAMIENTOS AFINES:

¿Quién podrá descubrir las ocultas causas que mueven la máquina del Universo?

Descartes

Creo que mañana va a llover.

Rovirosa

ES necesario que comencemos esta historia advirtiendo que Polidoro Landaluce era un hombre informal.

La informalidad de Polidoro era tan evidente como aplastante. Y no es que acostumbrase a llegar tarde a las citas, ni que se dedicara a ir dando saltos por la vía pública. Lo que sucedía es que Polidoro se acostaba alrededor de las cinco de la mañana y se levantaba hacia las tres de la tarde; que no abonaba el hospedaje a la patrona ni amenazándole con la autopsia inmediata; que no iba al taller a trabajar más que los días de pago, y que el dinero que le suministraban esos días lo invertía rápidamente en coger un "tablón" de madera de baobab o una "turca" propia de Stambul. Queremos decir que agarraba unas "melopeas" dignas de "los conciertos Daniel". Más claramente: que enganchaba unas "tajadas" como para un menú palaciego. O dicho con mayor sencillez: que pescaba unas "merluzas" que en filetes y con salsa a la vinagreta hubieran sido un ensueño. En fin, que atrapaba unas borracheras de abrigo de lanilla.

En estas condiciones llegó el 3 de enero. Apuntamos esta fecha primero, porque apuntándola no hay miedo de que se nos olvide, y segundo, porque en ella sucedió el hecho descacharrante que vamos a trasladar al lector en el "taxi" de nuestra fantasía. (¡Hermoso giro!).

El día 3 de enero, a las siete en punto de la mañana, Polidoro Landaluce se tiró del lecho con una agilidad de "ecuyére" nerviosa; se lavó —por primera vez desde el asesinato de Canalejas; — sorbió el desayuno luego de quemarse la lengua convenientemente; se caló la gorra; cogió la zamarra y la tartera con el almuerzo; se lió en la bufanda, procurando dejarse fuera el bigote, para evitar que se lo apolillara, y se lanzó a la calle, diciendo entre muelas:

—¡Ea, a trabajar cual fiera!

Y, a pesar de que conocía el camino, se perdió en la lejanía.

El caso era tan inconcebible, que la patrona, que había asistido a aquellas maniobras como si fuese un general de brigada, emitió un alarido en "fa" bemol, se derrumbó en el pavimento y perdió el conocimiento y tres peinetas.

Para que volviese del desmayo hubo que dejar caer a su lado dos duros amadeos; pero aun así anduvo todo el día tan desconcertada, que dió a sus huéspedes los cocidos con muy buenos principios, y les sirvió los buenos principios con muy buenos modales.

Pero al anochecer Polidoro le dió una sorpresa que se la dan a un centinela y lo fusilan.

A las siete y media en punto, o a las diecinueve y treinta, que es más ferroviario, Landaluce entró en la casa de huéspedes, buscó a la patrona, le propinó quince pesetas a cuenta de lo que le debía, y le dijo:

—Mire usted, doña Esclerótica: voy a acostarme, porque hay que ir al taller temprano, y el que no duerme no puede trabajar, que dijo Pablo Iglesias. Pero como siempre habrá algún huésped, de esos sinvergonzones, que se acueste a las tantas y que incluso venga bebido, procure usted que el que sea no meta mucha garata, que luego me desvelo y tengo que tomar antipirina. ¡Ah! Llámeme a las seis...

Y se metió en su cuarto, se acostó y se durmió.

La patrona se quedó más parada que las obras de urbanización del extrarradio.

¿Qué misterio era aquel? ¿Por qué Polidoro, un hombre más disipado que el alcanfor, había dado de pronto semejante vuelta, digna de un tío vivo? ¿Qué enigma se desarrollaba bajo la visera de la gorra de ese hombre singular como el artículo "el"? ¡Insondable misterio! ¡Crujiente enigma! ¡Trepidante incógnita! ¡Sulfuroso problema!

La patrona pasó aquella noche debatiéndose en las sombras del no saber, como dicen los novelistas psicológicos.

A la mañana siguiente, en cuanto cantó la alondra, que suele ser a las seis menos diez, la noble dama se aproximó a la puerta del cuarto donde reposaba Polidoro y llamó con los nudillos. Silencio. Volvió a llamar. Entonces, al otro lado sonó una especie de berrido tan extraño, que la patrona empujó la puerta y se coló en la estancia, presumiendo sin coquetería que allí ocurría algo.

Polidoro se despertaba con el cerebro aun repleto de incongruencias noctámbulas.

—Señor Polidoro, que son las seis.

El tuvo una respuesta anárquica:

—Bueno; y a mí ¿qué?

—Que me dijo usté que le llamase pa ir al taller temprano y...

—¿Que yo le dije eso?

—Sí, señor.

—Dése usté una ducha, que usté está mal de los nervios, doña Esclerótica.

—Hijo, ya sé que usté no madruga ni pa oír a la Berta Singerman; pero como ayer se fué usté a trabajar a las siete...

Polidoro lanzó una carcajada que se bamboleó el lavabo.

—¡Pues no dice que yo me levanté ayer a las siete!

—¡Que sí, señor, y se acostó usté na más venir del trabajo, después de darme tres duros!

Polidoro se quedó sentado en la cama.

—¿Qué ¿Ha dicho usté tres duros? ¿Que yo la he dao tres duros?

—Como tres soles de Urgell, sí, señor.

—¿Y que me levanté temprano?

—También.

—¿Y que me acosté al salir del trabajo?

—Sí señor.

Polidoro Landaluce se cogió el cráneo con las manos en esa postura que tanto se emplea para hacer ver que se está desesperado y para darse una fricción de "Pompeya".

—No es posible... No es posible... — susurraba.

Pero diecisiete minutos después lanzó un grito sordo y algo tartamudo.

—¿Qué le pasa? — solicitó la poética patrona.

—¡Ya está! ¡Ya comprendo! Eso que usté me decía era pa mí un misterio que lo coge Linares Becerra y hace un drama de los de [illegible] noches a teatro [illegible] ahora todo lo veo claro. ¡Claro! Yo he madrugao [illegible] al trabajo, la he pagao a usté, me he acostao temprano... ¡Ya está! Ahora me acuerdo de que soy sonámbulo...

Y se volvió a introducir entre las sábanas pensando que si esto lo del sonambulismo se hacía frecuente iba a tener que acabar siendo un hombre formal.

Enrique Jardiel Poncela

LOS PREMIOS A LA VIRTUD

Ante una cantidad de gente emocionada se repartieron en la pasada semana los premios a la virtud, en el escenario del teatro Colón.

¿Estaban allí todos los que en Buenos Aires, tienen derecho a un premio a la virtud? No, porque no estaban allí todos los pobres que hay en Buenos Aires. Lo que se premió en el Colón, fué en realidad la pobreza, o el heroísmo con que los pobres sobrellevan la pobreza. En Buenos Aires, virtud es sólo patrimonio de los pobres. Si la vida miserable es escuela de delincuencia también lo es de virtud. Pero esa virtud resulta a veces una carga demasiado pesada. La mujer que honra la maternidad con once hijos, a quienes no puede dar de comer, ofrece un espectáculo lamentable, nos entristece, y no nos alegra como a las damitas de caridad...

Muchos hombres virtuosos, se han quitado la virtud como un traje demasiado usado, para poder dar pan a sus hijos. Algunos triunfaron por ese camino. Otros, después del primer encierro, se hicieron delincuentes definitivamente, por no haber sabido obrar con serenidad. "El ladrón, es un comerciante apresurado" dijo Rafael Barret...

¿Por qué no hacen, para que el orden de las cosas sea más justo, los encargados de repartir esa pobre caridad, esa lamentable y aparatosa caridad que solo consuela un instante?

* *

Una de las que obtuvieron premio a la virtud, fué la Sra. Julia García de Fernández, y bien lo merecía en verdad, a pesar de que ese premio debió ser una pensión vitalicia. Cabe en cuatro líneas la tragedia de la señora de Fernández, de dolorosa que es, de grande que es.

Viuda, a su esposo lo mató un automóvil a la vuelta del taller, se refugió en un cuarto de conventillo en la calle Reconquista. Con sesenta años y su enorme pena, cuando enterró a su marido desenterró a sus fuerzas para arremeter contra la miseria, consiguiendo ahuyentar a duras penas, el fantasma del hambre, que había destrozado los visillos de sus vidrios, que se había llevado sus ropas y sus muebles, dejándole solo el retrato del esposo y el de su hijo "que ahora tendría treinta años", como ella dijo a un periodista, y un jergón.

Vendedora de cigarrillos, lavandera y sirvienta a ratos, la anciana ve pasar sus días, oliendo el kerosene ínfimo de las lámparas del conventillo. No solo, en las letrillas de los tangos, en las pésimas letrillas hay conventillos alumbrados a kerosene. En este es donde la señora Julia, refugia su miseria y su dolor, también hay lámparas de kerosene.

Lámparas de vidrios turbios como los ojos de ella, y como su alma; lámparas de lucecita temblona como la vida que arde en su maltratado corazón, de gallega noblota y buenaza, a quien todavía quedan fuerzas para cuidar y consolar a los viejos del conventillo, a todos esos viejos que se arrastran por los rincones de esos sombríos palacios de la miseria.

En el conventillo, hay muchachas jóvenes, que salen a pasear por la cuadra contentas de vivir, a pesar de todo. Hay hombres jóvenes, italianos, turcos, gallegos, que en el patio lleno de humo y olor a grasa, recurren a la guitarra o al acordeón o a la canción de moda para consolarse. Hay mujeres de extensa prole, que tienen el consuelo de sus hijos. Pero la pobre viuda está sola en su cuartucho, sola como una sombra, sola como todos los grandes dolores, como una capilla abandonada, como un muro sin musgo. Tan sola, que de pronto, sale al patio, a caminar por el enorme patio, junto a las lámparas de kerosene para encontrar otra soledad más terrible que la suya, otro dolor más grande que el suyo...



C U A T R O P O E M A S

Emigrantes





O habrá de ser hoy nuestro canto, para los que buscaban vellocinos de oro; ni para los que se encontraron con el mar de hielo y el mar de fuego; ni, aun, para Aquel que invino el Nuevo Mundo.

Cántiga de los que sienten las agorerías del mar y atisban en los signos mágicos de las olas su porvenir y con sus jaspes elevan castillos de ilusión.

Hoy, no sabíamos cantar, ni al peregrino que la sed abrasa en las vías que conducen a Medina; ni al cruzado que finó sus días en mazmorras infieles; ni, aun, al misionero que en su cruz enclavaron las flechas del odio.

Cántiga de los inmigrantes que dejan sus valles y collados rientes, para embarcar en las ferradas naves (mas, ¿qué fué ya del pentagrama de las jarcias donde los sones de las velas escribíanse, olorosos de la resina de sus maderos?), en busca de la tierra de la fortuna.

Llegan los trasantlánticos con el cargamento humano y lo abandonan a la ventura.

Así, los menos audaces, quedan encasillados, inermes, en la ciudad del cemento armado. (Y piensan los tristes: "Marco Polo es el último viajero de las "Mil y una noches"... Ya no quedan paraísos perdidos que restituir, como el jardín de las Flóridas... Ya Vasco Núñez de Balboa cortó la cruz de la lengua de tierra, desde cuya cima se descubre por un lado el Atlántico y por otro el Mar del Sur.") Voces conturbadas de elegía, desilusión de fracasos.

Cántiga, en tono elegíaco, para las madres que consienten la aventura del esposo; y, aun más, abandonan sus vegas por el conventillo.

Cántiga, en tono trágico, para los que la luz ciudadana encandila, hasta cegarlos.

Cántiga, en tono fabuloso, de los niños que abren sus ojos y oídos a los sortilegios de la urbe, más cruel que Medea, más pérfida que Dido y más engañadora que las sirenas.

Plenitud de himno, para los otros, para cuantos laboran con el fin de que el pámpano verdee en la primavera y sea purpúreo por la otoñada. Y, también para aquéllos que siembran el lino que sabe balbuceos infantiles. Y, lo mismo, para los que atenmperan la vivacidad de los azules del cielo, con los grises de los olivos, cargados de años, de cánticos y de frutos ¡que así bendice la tierra a cuantos se le acercan, huyendo del fragor metropolitano, y madura sus almas como el benigno sol a las granadas mieses!

Caballitos de Pisadero





AL vez conduciendo felicidades, descargados por sus magnetos, pasan los automóviles; mas en seguida la carretera los engulle. ¡Mientras una recua de caballitos de pisadero detiene, por un minuto, las lancetas de la eternidad en el cuadrante de la angustia!

Tan inútiles parecen los caballejos que ni dueño merecerían tener. Tan infeliz cosa son que al verlos se piensa en muchos hombres. Así, tardos y vencidos, avanzan, sin saber por qué, arrastrados por ese fatalismo que los impulsa a pisar barro en el campamento.

Pero en llegando al río, de súbito dejan el lodo, su tristeza y el cansancio. Despójanse de un sayal de escoria para ceñir túnica etérea. Y en la cuenca celestial, con sus mil lenguas el agua los acaricia, como una madre.

¡Renacen todos, al igual de botones de rosa amorosamente regados! Así uno después de otro, reviviendo sus mocedades, osados, comienzan a relinchar...

Sólo que, por demasiado buena, la tarde ha muerto prematuramente.

Unos silbidos agrios anuncian el retorno.

Es hora de volver; no importa... Esa noche los caballejos podrán vivir sus castos amores imposibles. Y sobre el horno de ladrillos, un aliento de ensueño agitará incensarios piadosos, unificando en su humo las bestias que sufren, los hombres que meditan y los ídolos que aterran...

Circo en el Pueblo





OS chicuelos dan descanso a los elásticos de sus hondas. Y las golondrinas, en la torre enjalbegada de la Iglesia Matriz, juegan sin sobresaltos su interminable partida de dominó.

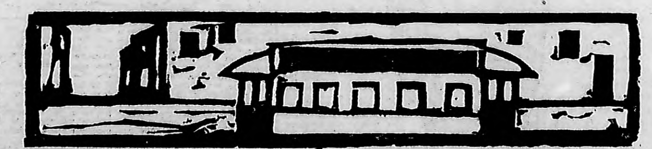
La plaza principal reposa de los conciertos vespertinos de la Banda. Sus senderos sueñan tranquilos, porque este año las parejas desprecian el tapiz de los áureos botones de las acacias y las cerúleas campanillas de los jacarandás.

Una ovejita ramonea el pastito más verde, fresco aún de rocío. Un perrito puede roer su hueso en paz. Ahonda esa soledad una vieja, casi ciega, repasando beatamente las cuentas de su rosario, en el umbral de su casona.

Yo vago por las calles mal empedradas... Pero, al borde del camino real, los saltimbanquis enclavaron la carpa del circo — escala ilusoria que conduce a la más azul felicidad...

Y, aunque en su cono blancuzco, sincronízanse el espectro solar y las melodías desafinadas de la Banda Municipal, las piruetas infantiles y los suspiros de los novios, no iré... Yo continúo vagando por el pueblo abandonado, bufón de una melancolía que está en mí, acaso para siempre.

Elegía de la Ciudad





UE grandote y que tristón te estás poniendo mi Buenos Aires, con esas tus enormes y por momentos fantásticas construcciones de cemento armado: palomares sin palomas.

¡Qué alucinado y enfermizo pareces con los claroscuros del "neolux": tubos diabólicos que nos someten a sesiones diarias de "rayos X" — aunque nada más que para poner nuestros nervios al desnudo!

Ya nunca veremos, en tus calles, a los pocos viejos que nos van quedando, despaciosos gozar del buen sol mañanero: solamente te preocupan los subterráneos, la radiotelefonía y los autobús.

Inútil es que multipliques las florerías, que brindan ramos de coronitas de novia bien blancas, fastuosos iris violáceos y anémonas estrelladas de oro puro... En vano ofreces su pompa, ¡oh Buenos Aires! no con ellas logras redimirte de tu moderna y bárbara avasalladora fealdad.

POR ARTURO LAGORIO

La Literatura y e

por F. HO

Las condiciones de la vida del negro de los Estados Unidos no son favorables a su desenvolvimiento desde el punto de vista de la cultura estética. Por eso es preciso considerar lo que ha producido en literatura y en arte, en gran parte, como la resultante del genio natural. Hay, relativamente, pocas obras literarias negras que señalar, si se considera el número de años transcurridos desde la época de su emancipación en 1863; pero lo que se posee es bueno y tiene cierto sello de originalidad. Las encantadoras historias de animales narradas por Joel Chandler Harris, son, como el autor no deja de declarar, todas de origen negro. Primeramente hicieron las delicias de los niños, a quienes se las recitaban viejos negros al servicio de las familias, y luego, puestas por escrito tan fielmente como era posible, divirtieron a los niños de otros países. Su picardía, en el buen sentido de la palabra, y su ingenio, ofrecen una atracción irresistible. Las aventuras de Brer Babbit han asegurado a su autor un puesto bien notorio en la literatura norteamericana; pero son negras esencialmente en su forma primitiva y probablemente sirvieron de toma de narración en algunas ocasiones, cuando los jóvenes indígenas, reunidos alrededor de algún fuego de campamento, las escuchaban con tantas demostraciones de hilaridad, que sus amos blancos, testigos de sus risas, sentían viva curiosidad por conocer la causa. Otros escritores negros cuentan historias de duendes, donde los seres humanos son transformados en animales, y recíprocamente, por los poderes de la magia. El primero en fecha de esos autores negros fué Phyllis Wheatly (1754-1784), la esclava africana que ha sido, según se dice, la primera mujer que publicó obras literarias en los Estados Unidos, aunque no ha sido la única mujer de su raza que cultivara las letras con brillantez en el siglo XVIII. En 1788, Ollobach, que había casado con una inglesa, publicó en Londres algunos escritos contra la trata de negros. Tuvo por contemporáneo a Arno, originario de Guinea, vendido como esclavo y llevado a Holanda, donde aprendió las lenguas clásicas. Hablaba el hebreo, el francés, el holandés y el alemán; fué profesor de la Universidad de Witemberg, ya desaparecida, y dió conferencias muy notables. Fué nombrado en Berlín consejero de Estado, y en 1734 compuso un sabio tratado "de las sensaciones consideradas como independientes del espíritu y procedentes del cuerpo", anterior al de Condillac. Un otro Arno era el amigo de Sterne y de otras celebridades de la época. Fué llevado a Inglaterra a la edad de dos años y educado con los niños blancos. Juan Latino, como atestigua su epitafio en la iglesia de Santa Ana, de Granada, enseñaba el latín y el griego en el colegio de la catedral "Filius Ethiopium prolesque nigerrima". Aunque no pertenezca a la categoría de los negros que brillaron en las artes o en las letras, fué tan prodigiosamente dotado, que no podemos olvidarlo en esta enumeración. Nos referimos a Tomás Fuller, el calculador negro africano. Un día se le demandó cuántos segundos había vivido en una fecha dada un anciano de setenta años, tres meses y siete días. Dió la respuesta al cabo de algunos instantes.



Un gran matemático tomó la pluma para comprobar la operación y declaró que Fuller se había equivocado.

—De ningún modo; el equivocado es usted, que ha olvidado los años bisiestos.

En esos tiempos, la república de las letras estaba abierta a todos los que tenían bastante inteligencia para hacerse un puesto, y una piel negra no impedía entregarse al estudio. Francia ha mantenido esta tradición liberal acogiendo, sin distinción de raza ni color, a todos los que quieren seguir los cursos de sus Universidades y Escuelas de Bellas Artes. Así ocurre que los jóvenes artistas negros que no han sido admitidos en las escuelas norteamericanas, han ido a instruirse a París, encontrando compañeros y desenvolviendo sus cualidades y sus dones en una atmósfera de benévola apreciación.

Phyllis Wheatly, de la cual hemos hablado antes, se distinguió a la vez en la poesía y en la prosa. Había nacido en África, y llegó a América a los 7 años, en 1761. Fué tomada como esclava por John Wheatly, de Boston. Una de las hijas del plantador le enseñó a leer y a escribir, y bien pronto asombró a todos por la rapidez de sus progresos y la extensión de su inteligencia.

Cuando llegó a los Estados Unidos no sabía una sola palabra de inglés, y en el espacio sólo de 16 meses lo aprendió con perfección. Igual perfección alcanzó en la escritura, con su vivo deseo de instruirse. Pronto fué una buena latinista y leía a los clásicos con gran facilidad. Sus escritos llamaron la atención en Inglaterra y en los Estados Unidos. En 1773 visitó Phyllis a Europa. Fué muy bien recibida por los ingleses e hizo conocimiento con lady Huntington, a quien dedicó sus poemas, trabando amistad con otras celebridades. Sus poesías, publicadas en Londres, van acompañadas de su retrato, que prueban que era negra de raza, sin ninguna mezcla. Sus odas patrióticas, una de las cuales está dirigida a Washington, ejercieron una influencia considerable en la revolución americana. Phyllis murió en el año 1784. Daremos aquí algunas muestras de su talento poético. De Terencio, su compatriota, habla en estos términos.

"Feliz Terencio, del cual el coro de las Musas llenó su alma de nobleza y su seno de llamas. Porque esta gracia no fué concedida más que a un solo hijo de la raza negra africana, transmitiendo así, de edad en edad, su nombre con su gloria en el imperio de la fama".

Invocaba así al autor de "La Iliada":

"Homero pinta, y diseminados en los aires los dioses celestes aparecen bajo sus formas mortales. Se mueven rápidamente y bajo sus pasos el cielo tiembla, la tierra se estremece, las ondas resuenan. Gran maestro de los versos, bajo mis ojos brillan los relámpagos que surcaban la bóveda del firmamento; el rayo abre sus llanuras; un terror pro nuestras venas, que se agitan, mientras que los más dulces acordes emanan graciosamente de tu lira y tus cantos prosiguen lánguidamente su curso".

En 1808 el conde Henri Gregoire, obispo de Blois, publicó una obra titulada "De la Litterature des nègres", donde dice:

"En 1772 (hay que leer 1773), a los diez y nueve años, Phyllis Wheatly publicó un volumend e poesías que encierra treinta y nueve composiciones. De ellas se hicieron varias ediciones en Inglaterra y en los Estados Unidos, y para quitar a la maledicencia todo pretexto de decir que era un nombre supuesto, fue constatada la autenticidad a la cabeza de sus obras por una declaración de su amo, del gobernador, del teniente gobernador y de quince personas respetables de Boston, qu la conocían".

De Phyllis Wheatly a nuestro contemporáneo Paul Lawrence Dunbar, que murió en 1906, hay una gran distancia.

Dunbar, el más notable de todos los negros que han cultivado la literatura, era un negro puro de sangre. Encarna el verdadero espíritu de la raza el sus pequeños poemas líricos y en sus descripciones en dialecto de las fases de la vida negra. No será exagerado el llamarle el Burns negro, porque no hay poeta que traduzca con más elocuencia y ritmo musical los sentimientos, las ternuras y los lados cómicos del negro. Oír recitar un poema de Dunbar por un negro capaz y hábil, es una verdadera buena fortuna. Hubiera sentido no realizar este deseo.

Asistí a una de estas audiciones. El intérprete era un negro de la Jamaica, de un negro lustroso, dotado de una voz espléndida y de una gracia cómica irresistible, y la concurrencia se retorcía de risa.

Más tarde oí al mismo Dunbar. Era menos expresivo, acaso porque ya estaba enfermo. Sus poesías en dialecto negro son difíciles de traducir, y la traducción no puede conservar el ritmo, que constituye su principal encanto.

El doctor Braithwaite, otro autor contemporáneo, escribe de muy distinta manera. Es uno de los raros poetas negros que han sabido asimilarse la civilización moderna por completo. Sus obras son igualmente apreciadas por negros y blancos. Sus aspiraciones tienen un carácter más general que las de la mayoría de los escritores de color. No separa el porvenir de la humanidad del destino futuro de su raza.

El doctor Brainthwaite goza en la sociedad de Boston de una excepcional simpatía, y es, por consecuencia, uno de los negros más directamente en contacto con los blancos. Su estilo ofrece pocas diferencias con el de los escritores de raza blanca, y presenta un contraste notable con Dunbar, cuyos mejores poemas, — los que pasarán a la posteridad y que hoy encuentran un eco en el corazón de los negros — son las composiciones en dialecto negro que recuerdan en toda su realidad las fases de la vida de los negros.

El órgano del Hampton Institute, el "Southern Workman", (El Trabajador del Sud) se distingue especialmente por la abundancia de sus informaciones sobre las cuestiones vitales que interesan a los negros, y que son tratadas con gran amplitud de miras y una completa lealtad con respecto a los adversarios.

Este periódico mensual se publica con el auxilio pecuniario de amigos de las dos razas y no está exclusivamente en manos de los negros. Pero hay actualmente en los Estados Unidos un gran número de diarios y revistas negros que tienen numerosos lectores.

II

Los cantos compuestos durante la esclavitud son emocionantes bajo muchos aspectos, pero no producen todo su efecto sino cuando son cantados y cuando no alegan muchos derechos a la calificación literaria. Los que deben su origen a las plantaciones tienen acentos de tristeza; son la expresión de una población que une al sentimiento musical la profunda experiencia de la esclavitud. Evocan la separación brutal de los miembros de la familia y otras tragedias con la corriente religiosa que atraviesa toda la vida del esclavo. Las voces melodiosas de los cantores negros (casi todos los negros cantan),

...el Arte Negros

OGGAN

su volumen notablemente extensos y sus matices los hacen simpáticos y aportan un elemento artístico de valor especial al país donde el timbre es ordinariamente agudo o más o menos rudo. No he encontrado voces musicales que puedan ser comparadas a las de los negros más que en el País de Gales, y he podido comprobar que el negro de los Estados Unidos se asemeja mucho al galense por sus disposiciones para la música y la facilidad con que lleva su parte en un canto de conjunto. No he encontrado, desde hace dos años que visité los Estados Unidos, voces parecidas a las de los negros por su extensión y pureza de sonido. Cuando las oí en Nashville, no me sorprendió saber que los cantores del jubileo de Fisk habían realizado una "tournée" en el Norte del país y en Europa habían recogido bastante dinero para pagar el nuevo edificio de la Universidad. La suma recogida, de 750.000 francos, representa un número notable de voces bien ejercitadas, entre las cuales oí una de las más armoniosas y de las más vibrantes, una soberbia voz de contralto. El canto negro, en su expresión original, es sencillo, pero de una gran dulzura, y llega al corazón con un carácter particular que le permite sostener la comparación con los cantos populares de otros países como Escocia, Irlanda y el País de Gales. Lo que la raza de color hará en el porvenir, en lo que se refiere a la música, no se puede aún prever. Hay un compositor negro de un mérito reconocido, Coleridge Taylor, del cual su "Hiawatha" y otras composiciones gozan de gran favor en las esferas musicares. "Hiawatha ha sido admitido en el repertorio americano por el eminente crítico musical Thomas, de Chicago, y figura igualmente en el repertorio de los principales conciertos de Inglaterra. Sé por los que han oído en el Kentucky y en otros Estados a Thomas Bethune, más conocido con el nombre de Tom el ciego, que este violinista negro poseía un talento maravilloso, natural, sin cultivar, muy apreciado por negros y blancos en el último siglo. Era una especie de Neil Gow, aunque sin la agudeza de inteligencia y la causticidad de espíritu de este compositor, uno de los más populares de Escocia. Los cantadores negros marineros son uno de los atractivos habituales a bordo de los "steamer" norteamericanos.



Se cuenta una historia de uno de estos negros de tez tan clara, que se hizo pasar por un blanco y tomó un billete de pasaje en uno de los vapores que hacen la travesía del Misisipí con destino a Cincinnati. Este negro, que no tenía sino un octavo de sangre de su raza en las venas, se asemejaba tanto a un blanco, que nadie sospechó la superchería. Se sentaba a la mesa con los blancos y ocupaba un camarote de primera con un blanco. "Tuve al principio algún trabajo para disimular mi identidad —confiesa— y para no traicionarme por demostraciones de alegría; pero pronto, aunque hablando y fumando con los blancos, comencé a encontrarme aislado. Esa sociedad no tardó mucho en dejarme frío". Al anochecer estaba sentado en el puente mirando abajo a los pasajeros negros, que hablaban alegremente y se reían. "Esto me decidió — dice—: me levanté, bajé la escalera y tomé mi puesto entre ellos. Desde entonces he permanecido invariablemente negro".

Esta anécdota prueba que el negro no se encuentra bien en una sociedad fría y triste. Quiere encontrar por todas partes la alegría, aunque él la muestra menos hoy en día, en presencia de la demarcación de las condiciones sociales y a causa de las prevenciones de que es objeto. En los tiempos de la esclavitud era más expansivo. Ante todo, no tenía entonces ninguna responsabilidad. La vida ha llegado a ser demasiado seria, demasiado grave, y reclama, lo mismo al blanco que al negro, mucho imperio sobre sí mismo, para poder entregarse a la ligereza y a la indiferencia de otras veces; epro la tendencia a la alegría, al buen humor, existe siempre en el hombre de color, que se consagra a la danza y al canto cuanto tiene ocasión.

III

El arte, limitado a las obras de pintura y escultura, es para el negro un campo casi nuevo donde apenas se ha ensayado; pero hay, sin embargo, ejemplos que demuestran que la raza negra ha sabido también distinguirse. El cuadro que en 1906 obtuvo el primer premio Harris, de 2.500 francos, como la mejor obra que figuraba en la Exposición norteamericana del Instituto de Bellas Artes de Chicago, era obra de H. O. Tanner, un negro residente en aPrís. Se intitulaba "Los dos discípulos en la tumba". Otro de sus lienzos, "La resurrección de Lázaro", fué comprado por el Museo de Luxemburgo, y no es raro encontrar en muchos hogares y colegios negros fotografías de las obras de Tanner.

"Los dos discípulos en la tumba" llama justamente la atención. Lo que admira cuando se contempla este cuadro es la aspiración ideal a la cual debe su éxito, el realismo de fervor religioso. El éxito no fué un efecto de la técnica de los trajes o de la ciencia del colorido, como ocurre con frecuencia en los museos. Lo que produzca Tanner en el porvenir es esperado con interés, ya que lo que ha producido es realmente bueno. Será conveniente recordar que es hijo de un obispo negro y que los asuntos con los cuales se familiarizó en su infancia han contribuído a envolver su inspiración religiosa. Hay que notar igualmente que Tanner prosigue su carrera artística en París, donde las distinciones de raza son desconocidas y donde puede encontrarse en íntimo contacto con los otros pintores, como Dumas padre y su hijo lo estaban con los otros escritores. (Sabido es que Dumas padre tuvo por madre una negra de pura raza).

La escultura, más que la pintura, está en la infancia entre los negros. Sin embargo, se puede en esta rama del arte señalar algún éxito de la raza negra, como lo demuestra este extracto del periódico "The Southern Workman, de octubre de 1907:

"Hay algunas obras interesantes y sugestivas en la sección negra de la Exposición de Jamestown. Una de las más significativas, y que atestigua el desenvolvimiento artístico de la raza negra, es una serie de trozos de Mlle. de la Vaux Warwick, de Filadelfia. Miss Warwick es una joven negra que ha estudiado la escultura en los estudios de su ciudad y de París. Ha tomado por asunto de sus composiciones episodios de la historia de los negros en los Estados Unidos, y ha modelado un cierto número de figuras que representan los héroes de estas escenas con rasgos notables. Cada una de ellas está ejecutada con una infinidad de detalles documentales y de muy felices efectos artísticos. El conjunto presenta como una síntesis del desenvolvimiento progresivo de la raza. Este progreso se testimonia, no solamente en la variedad de los personajes, sino en sus actitudes, en los diversos grados de inteligencia creciente que traducen las expresiones de sus fisonomías."

Miss Edmonia Lewis, que ha pasado algunos años en Roma y en París, es también ventajosamente conocida por su "Cleopatra moribunda". Ha obtenido en la Exposición centenal de 1876 una mención honorífica.

No deberá olvidarse el actor Ira Aldridge cuando se habla del arte negro. Representó con Kean, en Covent-Gerden, en 1889. Fué hecho caballero por el rey de Prusia; recibió una medalla prusiana de Artes y Ciencias y una condecoración suiza. Casó sucesivamente con dos europeas y murió en Polonia.

IV

Si nos fijamos en otros países, encontraremos en Rusia al poeta Pouchkine, nieto de negro, que debe acaso una parte de su genio a sus antecesores negros. Cuando se reconoce a un mulato algún don particular de inteligencia, se atribuye de ordinario a lo que tiene de sangre blanca, y parece muy natural achacarle cuanto tiene de bueno a sus antepasados blancos, y cuanto tiene de malo a sus lazos con la raza negra. La facilidad de Dumas padre en el arte de la narración (don natural del negro de Africa y del de las plantaciones de América) hace plausible la afirmación de que la raza de su abuela contribuyó esencialmente a la volubilidad del lenguaje y a la desenvoltura de su estilo. Cuanto a Pouchkine, es difícil para quien no sea ruso apreciarlo en su entero valor, pero parece que también debió algo de su talento literario a su antepasado negro. No tenía cuarenta años Pouchkine cuando murió, pero su corta vida le fué suficiente para una enorme cantidad de trabajo. Como para Dumas padre, la volubilidad, la desenvoltura son particularidades que relacionan a Pouchkine con los narradores negros. Estos dos hombres eminentes han ilustrado sus países respectivos, que se enorgullecen de haberles dado nacimiento; pero cualquiera que sea la parte de su origen negro en sus talentos o su genio, los dos se distinguen igualmente, porque ningún estigma les fué señalado a causa de este origen. Pudieron desarrollar y hacer apreciar sus dones intelectuales como cualquier otro francés o ruso. El destierro de Pouchkine en Siberia fué obra de la política zarista.

En Norte América, la tez negra de Dumas o de Pouchkine hubiera tenido como consecuencia hacerles imposible el fraternizar con otros escritores. Se hubieran encontrado excluídos de toda asociación de la vida literaria, de todas las esferas sociales, de todas las recepciones. En los Estados del Sud los negros, y cuantos tienen en cualquier grado sangre negra, tienen prohibido hasta entrar en las bibliotecas públicas. Aun no se han olvidado los clamores de indignación que levantó la conducta del presidente Roosevelt cuando invitó a almorzar, después de arreglar algunos asuntos en común, al Dr. Booker Wáshington en la Casa Blanca, no obstante ser un negro de alta cultura intelectual y el jefe reconocido de su raza.

V

Es muy difícil, para quien no viva en las esferas del negro



proscripto de la sociedad, comprender el efecto penoso y mortal que debe tener una parecida reprobación sobre naturalezas sensibles. El sólo caso análogo de una raza despreciada, perseguida y excluída de cuanto hay de precioso en la vida, es la de los judíos en Europa, aunque no es tan completa como la de los negros. Sólo después de la abrogación de las leyes y medidas señalando sus incapacidades, hemos comenzado a reconocer la aptitud de esta raza maldita, no caucásica, para contribuir al progreso material y moral de las naciones en las cuales fueron absorbidos.

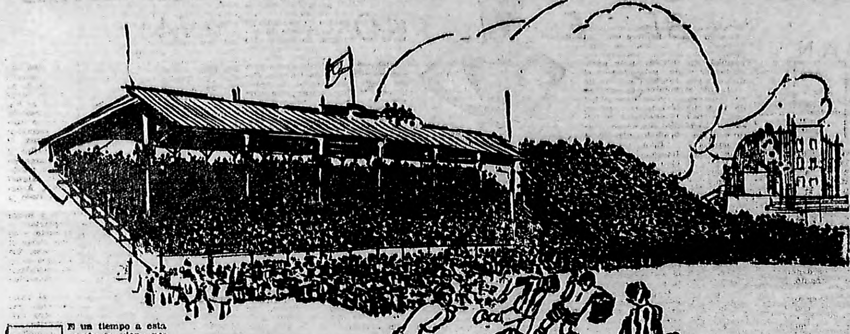
Browning ha dicho: "Todos los hombres son buenos, pero les hace falta tiempo para probar su bondad". Esta máxima se aplica a la cuestión negra mejor que a las otras. El hecho es tanto más notable, cuanto que otras reformas liberales y humanas se realizan en la gran república americana con la rapidez del relámpago. Sin embargo, este asunto no permanece estacionario, aunque se cree comúnmente que está regulado para siempre.

En Atlanta, capital del Estado de Georgia y uno de los centros del antagonismo de raza, los excesos que se produjeron durante los motines provocados por los blancos en 1905, han traído una inteligencia entre los elementos de la población para evitar la vuelta a los desórdenes. Hay hasta en el Sur un leal deseo de practicar la justicia, como lo prueba la abolición del odioso sistema que estaba en vigor en Georgia, y reinan los sentimientos de más grande benevolencia entre los blancos respecto de los negros. Estos comienzan a comprender los motivos de la antipatía de los blancos y responden con una gran paciencia, acompañada de su optimismo natural.

Estas razones y el desarrollo de la instrucción les valdrá la mayor tolerancia y aun la consideración de los norteamericanos de buena fe en todas las esferas de los Estados Unidos.

Cuando luzca ese día, la espléndida imagen de la Victoria destacando por encima del coronel Shaw a la cabeza de su regimiento negro, que debe Boston al sentido Saint-Gaudent, el gran escultor americano, hijo de padre francés y madre irlandesa, no representará solamente un ideal de artista, sino la realización de un sueño profético

DIRECCION TECNICA DE UN TEAM DE FOOTBALL



DE un tiempo a esta parte se viene notando, dentro del ambiente deportivo en general, un afán plausible de conocer los métodos más científicos y modernos para desempeñarse con éxito en las luchas deportivas, ya sometiéndose a la dirección de una persona experta, o procurándose libros y artículos que traten la especialidad.

Sin embargo, no podemos decir que este deseo de evolucionar haya invadido a uno de los más populares, llamado con justo título: "deporte nacional", por la cantidad enorme de entusiastas aficionados que concurren domingo tras domingo a presenciar el deporte de sus preferencias.

A pesar de esta popularidad de que goza el football no ha logrado una evolución progresiva como otros deportes infinitamente menos populares.

Lo que a técnica y preparación individual y de conjunto se refiere, ha permanecido estable. Algo se ha llegado a asimilar respecto a lo primero: algunas que otras enseñanzas dejadas por los distintos equipos que nos han visitado en estos últimos tiempos. Pero, aun así, sólo se ha aprendido parte de lo bueno, y nada de lo que se requiere como condición esencial para llegar a ser un buen "footballer".

Lo que a los mismos y dirigentes, nunca han prestado atención es: la preparación del organismo, para corregirlo si hay trastornos funcionales, o hacerle adquirir mayores condiciones físicas, y, si se quiere, también morales.

Esta parte tan importante para la mayor eficiencia de un deportista, tan íntimamente ligada al rendimiento individual y colectivo del conjunto, no ha sido practicada en forma científica, bajo la dirección de personas entendidas, que no solamente conozcan los defectos que cada uno posee, sino también los distintos métodos, ya sean naturales o científicos para corregirlos.

Una consecuencia lamentable corrobora mis opiniones: el poco tiempo que los footballers se mantienen en condiciones para desempeñarse con éxito en los campos deportivos. Y más aun, su decadencia precoz.

Pensar que la mayoría de ellos a los 25 años (cuando deberían estar en la plenitud de sus medios) ya son elementos inútiles.

Y esta decadencia precoz, no tiene por causa, la falta de técnica, sino el decaimiento orgánico. ¿Podemos considerar normal que un hombre, a esta edad, decaiga en el sport? Los más elementales conocimientos fisiológicos desmentirían esta creencia.

A esa edad, que sería la ideal para encontrar un deportista en la posesión completa de sus fuerzas, hallamos un gran porcentaje que ya ha pasado a la categoría de veterano, y los restantes van en escala descendente a pasos gigantescos.

Solamente llegan a mantenerse en forma durante muchos años, aquellos dotados de excepcionales condiciones naturales, algunos capacitados suficientemente para conocer sus defectos, y otros que careciendo aún de ello, otros que careciendo aún de ellos, tiéndose con entusiasmo a un régimen de vida sana o a un método que consideran benéfico para corregir sus deficiencias.

Muchos argumentarán que este mal es consecuencia de los vicios que acechan a los habitantes de las grandes capitales. A los que así opinan, se les podría decir: observen en cualquier rincón de las provincias y hallarán el mismo resultado.

Se puede admitir que ello contribuya en parte a la decadencia orgánica; pero, por lo regular, esa no es la causa en la mayoría de los casos, es culpa de la ignorancia de ellos mismos y de los dirigentes. Los pocos que llegan a aconsejar un medio más o menos racional para mantenerlos en buenas condiciones físicas, ven caer sus sanos consejos en el vacío.

Es cierto que algo se ha aprendido desde los comienzos del football. Ese progreso ha sido solamente técnico, mayores recursos de habilidad, para burlar la acción defensiva u ofensiva del contrario, adquiridos por propia experiencia. También vemos en la actualidad mayor rapidez en las jugadas, lo que se debe, sobre todo, a que los hombres del presente son más livianos, lo cual imprime al juego mayor velocidad.

Pero cuando se habla de otros progresos — me refiero principalmente al estado atlético — encuentro, a mi forma de ver, la opinión equivocada. Los hombres de antaño eran atléticamente superiores. Si no eran mejores, el motivo residía en que empezaban a practicar el juego cuando ya eran hombres; y, a esta edad la máquina humana es un poco reacia a los movimientos ágiles y veloces...

Llegó en buena hora, la evolución que se está operando dentro de las instituciones. Unas para mantenerse en primera fila, y otras para no descender, obligarán a echar mano a sistemas más modernos.

Hay que partir de esta gran verdad, comprobada por la práctica y dicha por personas especializadas en el tema: Los deportes atléticos que se sostienen como competencia con otros rivales, no fortalece el organismo, consume energías. Estas energías que es necesario gastar en las lides del sport, se adquieren y desarrollan fuera de estas competencias.

¿Cómo se adquieren estas condiciones?

Son muchos los detalles que hay que cuidar. No es mi intención hablar detenidamente de ellos en este artículo. Sólo uno de ellos citaré, porque no se le ha dado la importancia que merece. Ese medio que nos prestará valiosos servicios, es la gimnasia. Muchos pregonan sus notables resultados. Aun así, nunca está de más repetirlo.

Hoy por hoy ha llegado la gimnasia a tener un prestigio tan elevado que los espíritus más rutinarios reconocen los beneficios de la misma, no solamente necesarios para aumentar y desarrollar el grado de resistencia de los organismos normalmente constituídos, sino también para ciertos estados patológicos producidos por afecciones que encuentran su curación y, en el último de los casos, es un poderoso coadyuvante.

Esta afirmación nos obliga a hacer un interrogante. ¿Si la gimnasia nos da tan bellos resultados en los defectuosos y enfermos, qué no se podría conseguir en aquellos regularmente constituídos y los que posean un físico considerado sano?

Los comentarios son innecesarios.

Ahora bien, por estas y otras razones, ya comienzan algunos clubs, reconociendo la necesidad de tener un entendido para la dirección técnica del "team". Aparte de aumentar la eficiencia del mismo, se llegaría a una mayor disciplina, tan necesaria en todos aquellos deportes donde el número sea mayor de uno. Es claro que no es fácil implantar tan preciosa virtud, teniendo en cuenta la idiosincrasia de nuestra raza; pero, si el adiestrador es un poco psicólogo, algo podrá conseguir... Todo depende de los medios, y formas que use para ponerles en práctica.

Para terminar, conviene prevenir el inevitable fracaso de los que creen que el cuidado y la dirección de un equipo de jugadores de football puede encomendarse a una persona que sólo posea conocimientos prácticos o teóricos del juego.

Yo entiendo que este cargo lo podrá desempeñar aquel que posea como base todos estos puntos.

1o. Conocimiento del deporte, tanto en el juego individual como de conjunto.

2o. Condiciones especiales que se requieren en cada puesto.

3o. Si el footballer, aun teniendo condiciones naturales y conocimientos técnicos, tuviera defectos, debe conocer los medios más eficaces para corregirlos.

4o. Saber métodos de entrenamientos para aplicarlos a cada uno de los distintos organismos y caracteres.

5o. Tener estudios científicos de anatomía y fisiología para practicar los primeros auxilios en caso de ligeras indisposiciones y accidentes.

Estos son los cinco puntos básicos que considero esenciales para que el encargado de la dirección del conjunto pueda tener éxito en su misión.

La innovación es necesaria; pero, hay que tener cuidado pues no faltarán los aprovechados petulantes atribuyéndose condiciones que lejos están de poseer.

por

Maximiliano Iotti

CINEMATOGRAFIA

Algunos novelistas y autores dramáticos de merecida nombradía e indiscutible talento han dado en la flor de emitir su opinión respecto del cine, unas veces a requerimiento de tal cual periódico cinematográfico y, otras, sin que nadie les pregunte nada, movidos sin duda por un generoso impulso de traer a la cuestión las claras luces que por lo visto hacen falta.

Por supuesto que hay tal discrepancia entre esas opiniones, son tan encontrados los juicios, que, de atenernos a ellos, comenzaríamos por no saber todavía a punto fijo si el cinematógrafo es arte o es industria, si es esto, lo otro o lo de más allá. En este sentido, no sabríamos, felizmente nada.

Aparte, eso, entre los escritores de referencia los hay que aseguran con mucha formalidad que el cine está agotando sus recursos y ahora decae, se va extinguiendo paulatinamente; es algo, en fin, que está llamado a desaparecer, o poco menos, de un día para otro.

Creemos que hay un poco de exageración en este juicio.

Bien es verdad que la mayoría de las obras actuales andan tan faltas de verdadero arte como ahítas de ñoñez y de insubstancia; bien, es decir, mal, muy mal que las empresas productoras no persigan sino un fin puramente utilitario, que ahoga todo intento de espiritualidad y elevación artística; pero lo que no puede desconocerse es que el cinematógrafo, en su esencia, como manifestación de arte, no tiene la culpa de ello, como no la tienen el teatro y la novela, a pesar de las infinitas tonterías que se publican o representan para lo mismo que se dan ciertas películas: para exclusivo logro de un beneficio pecuniario.

En otro orden de consideraciones, las estadísticas demuestran que, de cinco años a esta parte, han aumentado notablemente las salas de espectáculos cinematográficos, los aficionados al cine y, tal vez como consecuencia de ello, la producción de películas.

Además, bueno es tener en cuenta que se trata de un arte relativamente nuevo, cuyos rápidos y evidentes progresos, desde el punto de vista técnico y hasta ideológico, dan acabada muestra de lo que puede llegar a ser en un tiempo no lejano, a poco que se consagren a él, con el afán y el cariño que se merece, las inteligencias y capacidades que demandan sus levantados fines.

Creemos, pues, contrariamente a lo que opinan los muy dignos escritores aludidos, que el cinematógrafo está todavía en sus comienzos, que, lejos de decaer, se irá difundiendo y perfeccionando cada vez más, aunque lo inficionen y le hieran como hasta ahora, los inevitables mercaderes ambiciosos que medran a su costa.

ROBERTO GUIDI

UNA OPINION DE FLORENCIO SANCHEZ SOBRE EL TEATRO NACIONAL

(la figura apostólica) ERMETE Zacconi, el actor genial, describiéndome una noche de Giovanni Bovio, me contaba que cuando se estrenó en Nápoles, el "Cristo a la festa de Purim", los estudiantes napolitanos colocaron la tribuna universitaria del filósofo al pie de la estatua de Giordano Bruno y terminada la representación lo condujeron en triunfo hasta ella, exigiéndole que hablara. Bovio, confuso y sorprendido por la inesperada demostración, midió con la mirada serena la estatua del mártir y le dedicó su oración, comenzando así:

"Han hecho ustedes bien en traerme a este sitio: Cristo dijo, sed verdaderamente libres; pero éste añadió, sed libremente veraces."

Conversando ayer el conferenciante, con el distinguido vicerector de este colegio, interrumpió sus melancólicas reflexiones acerca de los destinos de la raza, diciéndole: "Es que no somos sinceros los hombres".

Permítanme ustedes la inmodestia de esta relación de una frase personal con la anécdota histórica porque ambas referencias me dan el lema y la base de esta disertación. Libremente veraces y sinceros hemos de ser los hombres.

Voy a hacerles un poco de crónica del llamado teatro nacional, y como actor encargado de un papel, no del todo despreciable, en esta comedia que se viene representando desde hace algunos años, tendré que relacionar mi actuación con la actuación ajena y bien puede que en cierto momento salga favorecido del parangón.

No lo achaquen ustedes a petulancia, si así resulta, porque si tengo vanidad, mi vanidad es honesta.

¡El teatro nacional! Esto de teatro nacional, señores míos, es una brillante sofisticación. El teatro no tiene bandera. Es universal, es humano. A nadie se le ha ocurrido hasta la fecha hablar del teatro nacional, inglés o francés o italiano, aunque todos hablemos del inglés Shakespeare o del francés Molière ,o del italiano Goldoni.

Es además pretencioso e inmodesto creer en una posible autonomía literaria cuando aun estamos por definirnos étnica y socialmente y empezando por Perogrullo, el conferenciante inclusive, todos tenemos dichas y sabidas las razones, singularización y caracterización de una literatura.

Teatro regional argentino sería la definición exacta, justa y modesta de nuestra producción escénica y hacer teatro en el amplio y verdadero concepto, la aspiracin individual de quienes sientan inclinaciones por esa forma de exteriorizar el pensamiento.

¿Cómo nació el teatro nacional? (Menester es llamarlo de algún modo).

De Labardén a nuestros días habían producido cosas esporádicas de producción teatral, toda ella ingenua cuando no del todo inferior, servil en la forma y vacua en la esencia.

Pero sobrevino una familia de saltimbanquis, esa ilustre familia de los Podestá, la misma que en esta fecha se ha construído ya los cimientos del monumento que ha de levantarle la gratitud artística de nuestros descendientes.

Forzudos atletas unos, vertiginosos trapecistas sus hermanos, blondinas insuperables las niñas de pollera de tul y rostros precozmente tristes y pintarrajeados; desconyuntados, pulposos y fofos hombres boas, clowns de risa dolorosa y de precario ingenio, ecuyéres y malabaristas, el eterno, el gigantesco trashumante clam de infelices "strugle for lifers" que todos hemos visto, admirado y compadecido

Esa familia dió el empujo inicial a nuestro teatro. Ustedes lo recordarán. Hacían furor entonces los nunca bien condenados dramas policiales de Gutiérrez.

"Juan Moreira", con perdón de Unamuno que lo coloca, no sé bien en qué orden, junto al "Facundo" de Sarmiento y a las arengas de Don Bartolo; "Juan Moreira" despertaba los instintos regresivos adormecidos en el alma popular y el mejor economista de aquellos acróbatas, tuvo la acertada de utilizarlo para su negocio de toldo y candil.

La pantomima del oso y el centinela, con los vejigazos finales a son de murga, fué substituída por el perseguido del juez y el entenao de esta tierra.

El chiripá y la melena y el poncho reemplazaron a la túnica del clown, y el facón homicida fué esgrimido en vez de la inofensiva y sonora tripa que provocara nuestra risa inocente al final de las pruebas.

Eran mimos más o menos expresivos. No hablaban aún, pero ya empezaban a hacer daño. ¿Quién no se sintió Moreira después de haber visto despanzurrar a Sardetti, a puñalada por cada mil pesos! Pelear a la partida llegó a ser en cierto momento un sueño, sino una realidad de las aspiraciones instintivas populares y quién sabe si muchos de nosotros podemos considerarnos indemnes de la travesura juvenil de encajarnos con el facón de palo, tantas puñaladas como diera Moreira a milicos, alcaldes y comisarios.

Luego hablaron. Soy testigo de la evolución. "Che, vos hacés de alcalde y yo, que soy Moreira, vengo y te digo: "Está bien amigo. Ya le llegará su turno. ¡Le viá dar más puñaladas!... Y vos me decís: "Que lo métan al cepo".

Después escribieron eso mismo que se decían, y edificaron junto a la pista un pequeño escenario. Quedaba erigido el teatro de la fechoría y el crimen, como idea, y el mal gusto, como forma.

Apareció Vicenta y dijo: ¡Matame, mi Juan, matame! Era la mujer, factor dramático que faltaba. Tuvimos, pues, el primer drama nacional.

Después... Cuellos, Hormigas Negras, Matacos. No quedó gaucho avieso y asesino y ladrón que no fuera glorificado en nuestra arena nacional.

Pudo quizás, aquello, dada su influencia en el alma colectiva, tener una paz ventajosa: la de acentuar el sentimiento de la personalidad despertando rebeldías contra prácticas y procedimientos y organizaciones abusivas. Pero no puedo distraerme en honduras sociológicas y me limitaré a constatar que por ello desaparecía la novelidad del espectáculo.

Martín Fierro y Santos Vega fueron puestos a contribución, desnaturalizada, por supuesto, la índole moral y artística de ambas obras.

Los saltimbanquis a todo esto aprendían a hablar y a accionar ante el público con pintoresco desenfado, y justo es recordar que de aquel fárrago de insulseces y groserías, surgieron algunas caracterizaciones originales como la del viejo criollo dicharachero y socarrón, único tipo perdurable y simpático de la creación artística nacional. Excluyo por repulsivo, inestético y falso, al famoso Cocoliche que aun pasea su grotesca figura por los actuales escenarios nuestros.

Elías Regules, Orosmán Moratorio y Martiniano Leguizamón, este último con la pintoresca "Calandria", hicieron obra sana y honesta llevando un poco de verdad y de poesía al teatro gaucho. A ellos debemos agradecerles la muerte de Moreira, de Cuello, de Hormiga Negra.

Luego se suprimió la pista. El paisano se quedó a pie y fué a hacer sonar las rodajas de su espuela en el tablado de los teatros bonaerenses.

Surgió un híbrido. Y caso extraordinario de selección; surgió un híbrido de otro híbrido, de la zarzuela española. Hacía furor el género chico. La ciudad se había verbenizado. Un empresario ingenioso pensó que nuestro lunfardo suburbano podía reemplazar con ventaja a los chulos y golfos sevillanos o madrileños y algunos escritores se encargaron de realizar la tarea. Aquí deben aparecer los nombres de Miguel Ocampo, Nemesio Trejo, Argerich, Enrique García Velloso y otros.

Y primero el lunfardo y luego el vigilante, y luego el cartero y el lustrabotas y la modista y el masitero, sin olvidar por cierto el impagable cochero de plaza, todos los tipos característicos de la gran metrópoli fueron teatralizados y musicados en escenarios españoles.

Don Martín Coronado el viejo bardo que había permanecido ajeno a esta evolución, pero que había escrito obras teatrales vaciando su estro en los moldes viejos del teatro español, entregó entonces su "Piedra de escándalo" a los Podestá, que vegetaban un tanto olvidados. El gran éxito de esa obra devolvió la atención del público y de los aficionados a los cómicos fundadores. Las costumbres camperas volvieron a reinar. Surgieron obras y autores en abundancia.

Escribir para el teatro comenzó a ser un "modus vivendi". Como se pagaba poco, se producía mucho... y malo. Se escribían costumbres desconocidas. Un rancho de paja y terrón por decorado, por lenguaje característico unos cuantos "canejos" y "ahijunas" cuando no expresiones de la jerga lunfarda porteña, con pasiones y sentimientos de importación teatral.

Con esos elementos se fabricaba una obra nacional. El público, a falta de cosa mejor y más verídica, amparaba y prefería esos bodrios con estimulante complacencia.

"M'hijo el dotor", reflejando costumbres vividas, produjo una revolución. Su éxito estrepitoso se debe a la verdad y la sinceridad con que fué escrita la obra. El público lo comprendió así y compensó mi labor con las ovaciones más grandes que haya recibido en mi carrera artística. Inolvidables ovaciones, que marcaron el rumbo definitivo de mis aspiraciones, encarrilaron mis actividades intelectuales, malgastadas hasta entonces en tanteos estériles en el periodismo y me proporcionaron pan para alimentarme, estímulo para luchar, y hasta ¿por qué no confesarlo? hasta una compañera que alegra mi vida y comparte mis insomnios.

¡Ah el teatro criollo, las escenas campesinas!

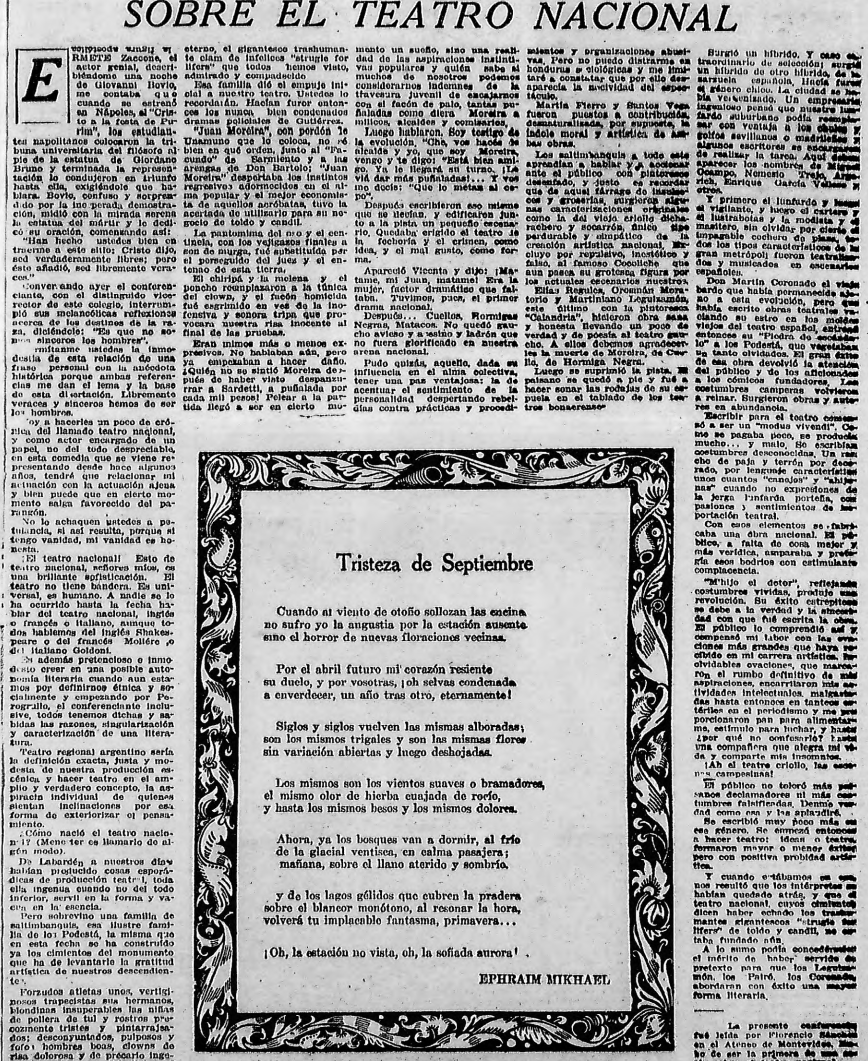
El público no toleró más paisanos declamadores ni más costumbres falsificadas. Denme verdad como esa y las aplaudiré.

Se escribió muy poco más en ese género. Se empezó entonces a hacer teatro: ideas o teatro, formaron mayor o menor éxito pero con positiva probidad artística.

Y cuando estábamos en esa, nos resultó que los intérpretes se habían quedado atrás, y que el teatro nacional, cuyos cimientos dicen haber echado los trashumantes gigantescos "strugle for lifers" de toldo y candil, no estaba fundado aún.

A lo sumo podía concedérseles el mérito de haber servido de pretexto para que los Leguizamón, los Payró, los Coronado, abordaran con éxito una mayor forma literaria.

La presente conferencia fué leída por Florencio Sánchez en el Ateneo de Montevideo, hecho de ser la primera de una serie sobre el teatro nacional.



Tristeza de Septiembre

Cuando al viento de otoño sollozan las encina
no sufro yo la angustia por la estación ausente
sino el horror de nuevas floraciones vecinas.

Por el abril futuro mi corazón resiente
su duelo, y por vosotras, ¡oh selvas condenada
a enverdecer, un año tras otro, eternamente!

Siglos y siglos vuelven las mismas alboradas;
son los mismos trigales y son las mismas flores
sin variación abiertas y luego deshojadas.

Los mismos son los vientos suaves o bramadores,
el mismo olor de hierba cuajada de rocío,
y hasta los mismos besos y los mismos dolores.

Ahora, ya los bosques van a dormir, al frío
de la glacial ventisca, en calma pasajera;
mañana, sobre el llano aterido y sombrío,

y de los lagos gélidos que cubren la pradera
sobre el blancor monótono, al resonar la hora,
volverá tu implacable fantasma, primavera...

¡Oh, la estación no vista, oh, la soñada aurora!

EPHRAIM MIKHAEL

EL PINTOR GINO SEVERINO

por

Emilio Pettoruti





ESTE genial maestro de la línea y del color nació en el 1883 en Cortona, pequeña y graciosa ciudad a orillas del Chiana.

A los 14 años estudiaba para adquirir el título de contador, cuando fué expulsado de las escuelas y procesado por el tribunal de Arezzo, junto con otros seis amiguitos, por haber robado los temas par el examen, interrumpiendo para siempre su carrera. Hallóse así de repente delante de sí con el obscuro e inmenso misterio del porvenir, ignorando el camino a tomar, y fué entonces cuando, para distraerse empezó a corretear por los campos, donde se entretenía dibujando, pintando y contemplando las cosas que lo rodeaban.

Una tarde, una amiga pintora, lo encontró como clavado frente a su caballete y quedóse asombrada de la pintura del pequeño Gino y fué ella quien lo alentó para seguir.

Contaba sólo 17 años cuando Severini, soñando ya en gloria, se marchó a Roma, donde, para vivir tuvo que emplearse en una agencia de departamentos en calidad de "piccolo". Esta clase de trabajo le distraía todo el tiempo, impidiéndole pintar, viéndose obligado, para estudiar, a robar horas al sueño.

Conoció un día a Boccioni, el que lo presentó a Balla. El destino reunía, de los distintos puntos de la península, a los hombres que algunos años más tarde formarían el grupo más compacto del futurismo.

Balla había vivido en París y contaba cosas estupendas de la Ciudad Luz: hablaba de Montmartre, Montparnasse, Rue de la Boetie... Entusiasmado por las 1905 subió a un tren y ubicándose en un asiento muy duro, llegó a París después de largas horas de viaje.

"Yo que me consideraba impresionista — cuenta Severini — podía finalmente ¡oh, qué alegría! encontrarme a dos pasos de los maestros del impresionismo, y en Montmartre (el Montmartre de entonces ¡tan diferente del de hoy!) en el Cabaret de Lapin, trabé amistad con aquella "boheme", hoy famosísima: Braque, Jacob, Utrillo, Modigliani, Picasso, Apolinaire, etc. Pére Frédé, el simpático viejo, tan bueno con los artistas que antes de entonar sus canciones, las dedicaba con afectuosos preámbulos "Pour le compain qui s'ennuie dans la purée", un día para uno, otro día para otro. La

sas, pero los 2 o 3 francos que se reunían eran lo suficiente para una jornada más".

Lugne-Poe, director del teatro de la Oeuvre, le tomó gran estima. Y fué él que lo presentó a Marinetti, que acababa de llegar a París con su memorable manifiesto en gestacin.

Su inquietud y sus amigos de Roma, hicieron que Severini se y, de la vida nocturna que llevaba en ese entonces, datan sus ya famosas danzas.

La exposición futurista realizada en el 1912, en París tuvo un éxito clamoroso, consagrando, sobre todo, a Severine, que ya era conocido.

Frecuentando la "Closerie des Lilas", donde Paul Fort reunía a sus amigos en los famosos "martes", nuestro artista se vinculó a la graciosa Jeanne, que en ese entonces contaba sólo 14 años la que aparecía por primera vez en las reuniones de su ilustre padre. Germinó así un idilio que en 1913 terminó en la iglesia. "Mariage princier", lo definieron los periódicos. París artístico y literario acudió, y Severini fué definitivamente una figura "tres parisienne".

Advirtió de inmediato que la técnica empleada por él y los demás futuristas no respondía al contenido de la tendencia, y fué entonces cuando hizo incursiones por el cubismo, tratando de extraer algunos de sus medios para ponerlos a su servicio. De esa época provienen sus estudios sobre las diversas técnicas, y, gracias a sus múltiples búsquedas y descubrimientos, es hoy un artista lleno de sabiduría y un dominado de los medios expresivos; por eso su obra resulta siempre fresca.

Más tarde, en 1915, se adhirió al movimiento cubista, trabajando mucho pero sin llegar a hacer, nunca cubismo, obteniendo sí, telas de un excelente resultado decorativo.

En una villa de Montegufoni, en las cercanías de Florencia, durante el 1921, realizó su primera pintura al fresco, donde concilió los elementos cubistas-futuristas en la figura humana, obteniendo de esta unión efectos de una novedosa belleza.

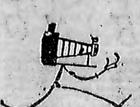
En los años siguientes, 1922 y 1923, trabajó en varias pinturas de caballete, empleando motivos de arlequines, policinelas, colombinas... telas compuestas con mucha ciencia, precisas en el dibujo, jugosas en el color y en la materia, pero que producen en conjunto una impresión de cálculo. Toda su producción es un poco matemática, dejándose traslucir el niño de los 14 años que deseaba ser contador.

Mas, sobre todo, Severini es un decorador en el buen y amplio sentido de la palabra y esto lo demuestra terminantemente su decoración de la iglesia Semsales, en el cantón de Friburgo en la que hizo pinturas al fresco y donde puso de relieve sus brillantes condiciones y toda su experiencia, con las que ha hecho una magnífica afirmación del arte mural.

Actaluemnte está ultimando unas acuarelas con las cuales editará un álbum en Londres, y dentro de un mes volverá de nuevo a Suiza, donde llenará de hermosas líneas y alegres colores, los lisos y blancos muroc de la iglesia Laroche.

Además de pintor es teorizante activo y escritor de arte. "Fines del Arte", "Realismo, Idealismo, Clacisismo, etc.", "Se ha olvidado el "metier" en la pintura", son, entre otros muchos, los mejores de sus ensayos.

Realizó exposiciones en las y muchas de sus obras se encuentran en importantes galerías públicas y privadas. En este momento, Gino Severini es un clásico, clásico en la acepción auténtica de la palabra, y uno de los maestros italianos que más merecidamente goza de renombre en todo el mundo.





Con el Amigo Fotógrafo

por MANUEL AZNAR

Yo he entrado en el portal de un fotógrafo. Es ese un lugar que me seduce y me ha seducido siempre. Yo encuentro en ese lugar un discreto silencio, una poesía misteriosa, algo que me acaricia el espíritu. Me encanta ver a través de los vidrios ese ordenado desorden en que se confunden lo risueño y lo grave, lo bello y lo ridículo, lo señoril y lo insignificante. En ese lugar veo, como si estuvieran en medio del ágora, una muchedumbre de tipos. Unos me desdeñan, otros me sonríen, aquél me mira despectivo, el de más allá me hace meditar un momento. Mi admiración se posa sobre estudiadas gravedades, sobre cómicas ufanías, sobre candorosas ingenuidades, sobre enigmáticos gestos. Veo representadas en confusión caprichosa toda clase de gentes. Y me sonrío ante la imágen de un militar un poco tudesco y me pongo algo triste ante el rostro apergaminado de un viejo y me extasío ante el encanto de una cabecita a lo paje. Aquello es un mundo, un índice pintoresco, algo así como un balcón abierto a la tontería de muchísimas almas. Allí hay viejas apergaminadas como aquéllas que se complacía en dibujar el gran Leonardo, y jovencitas que sonríen como si sintieran la emoción de una música y caballeros que se han puesto de frac para demostrar que lo tienen, y novios ingenuos que se han fotografiado en almíbar, y hasta unos pobres niños a quienes la ceguedad de sus madres los han puesto completamente desnudos.

Hoy he entrado en el portal de un fotógrafo y a fe que me he divertido un buen rato. Allí he admirado la venustidad de unas lindas muchachas. Después, siguiendo el examen, me he hallado ante el grave continente de un señor muy robusto. Al momento he hecho un mohín de indiferencia y he seguido adelante. Yo no he ido al portal de un fotógrafo para ver la cara de zonzo que se ha querido "poner" don Juan o don Pedro. Lo que a mí me gusta es el misterio de unos ojos prometedores, la gracia de una sonrisa o el encanto de una actitud tentadora. Y ha sido que me he preguntado, después, a la vista de unos importantes señores: ¿Por qué esta pobre gente ha querido fijar el aspecto de su personalidad en una actitud tan impersonal y tan falsa? ¿Por qué nos quieren dar con esa rigidez estudiada la impresión de la vida, que es multiforme y mudable? ¿No saben que nuestra personalidad no cabe en un gesto? ¿Ignoran acaso que el destino de todos los retratos es un triste y lastimoso destino? ¿No se representan el trágico momento en que la mano de un ser indiferente arroje esos retratos en el último cajoncito de un mueble? Y estos dos enamorados que aquí veo, tan sonrientes, tan felices, tan pegajosos, ¿no se disipan ante la idea infame de que se burlen de ellos espíritus indiferentes y hostiles?

Yo he tenido un gesto de piedad para todos esos retratos y luego he sentido el deseo de incurrir en lo mismo que me ha hecho sonreir en la ingenuidad de los otros. He pensado que retratarse es la cosa más humana del mundo y que el que se retrata hace algo muy parecido al que levanta una casa, planta un árbol o esculpe las figuras de un monumento. Retratándonos nos inmortalizamos un poco, librándonos del dolor de pasar tan pronto de lo que vemos a lo que ignoramos del todo. Retratándonos... Y, además, es seguro que todos esos retratos se han hecho por alguien. Unos han pensado en la madre, una pobre mujer que bien puede vivir en el centro de un paisaje de ensueño; otros, en la novia que algún día ha de templar unas penas con el contacto de sus manos de seda, y otros en los hijos que algún día han de preguntar por el retrato del viejo. ¿Por qué todo ha de ser vanidad y torpeza? Es posible que todos esos retratos hayan sido hechos a instancias de una persona querida, que todos hayan sido recibidos con júbilo y que después hayan sido puestos en la espejante superficie de una mesita en que tal vez se hayan ido marchitando unos ramos de flores.

El fotógrafo— —

—Ríase usted — ha dicho el hombre, pensando que lo mejor que podemos hacer es reírnos.

Y nosotros hemos montado en cólera, como hombres que tienen sus teorías y que nunca jamás podrán transigir con las tonterías de la muchedumbre.

—Ríase usted.

—Es que yo no me río nunca. Si me riera, el retrato no sería el mío, sino el de otra persona. Yo soy quien soy y así quiero salir en el caso de que me retrate.

—Ahora póngase tieso.

—Es que yo no ando derecho en la vida...

Y ha sido que después de mucho discutir, como don Quijote con el cura que le quemara los libros, he tomado las de Villadiego, seguro de que no hay más retratos que los que quiera hacernos un artista que sepa sorprender el espíritu en el vaso en que se consume. Es nuestro gesto y no el de los señores fotógrafos el que hay que buscar para que quede de nosotros algo más que una reminiscencia confusa. Velázquez no vió más que dos o tres veces a don Ambrosio de Spinola y, de seguro, que no le vió cuando dió vida al gran cuadro de Breda. Lo retrató, no como era, sino como era necesario que fuese. De ahí que siempre nos parezcan admirables las creaciones de los grandes artistas, hasta las de aquéllos que descoyuntaban la realidad. Lo afrentoso es la verdad fotográfica que tanto gusta a la afable portera... Y nos hemos ido a la calle pensando en la melancolía de Felipe IV, en la rubia distinción de las meninas, en la sonrisa de don Ambrosio y en todo lo que nunca ha de darnos el benévolo artista que quiere que pongamos la nuca en el filo de un palo y que nos sonríamos después como si estuviéramos en el mejor de los mundos.

La Instrumentación Vocal en la Jazz-Band

Por supuesto que a los maestros de jazz norteamericanos la introducción de voces en los fox trots, blues y valses, no ocasiona la preocupación que asumió en Beethoven el injerto de su oda final a la Alegría en su muy transitada (nunca bastante) novena Sinfonía. Pero a pesar de haber tenido como maestro a Salieri, lo hacen con un buen gusto innegable y una precisión tan ajustada al ritmo del trozo ejecutado, que el tema se cae sin romperse de los instrumentos a la garganta de algún yanqui gangoso, que a fuerza de hallarse junto al estrépito de instrumentos de viento, ha metalizado su voz, tan agradablemente que muchas veces una simple dicción, entonada lo imprescindible, nos mantiene latente el motivo y la tonalidad instrumental del fox trot.

Tal las innumerables orquestaciones vocales de Whiteman, que en materia coral encuentra gamas preciosas, alternando conjuntos humanos con voces sueltas, de tan distintos tonos y dicciones, que emparejan los planos musicales, susurrados a contratiempo, de banjos y saxofones. Su, me atrevo a afirmar, magnífica creación "Moonlight on the Ganges", donde el coro acentúa la melancolía nostálgica, que arranca definidamente desde un principio (¿por qué no ouverture?) de atabales y clarín, sucesivamente afinados en óboes, en movimientos de gran afinidad con "Siberia de Sibelius", trombones y saxofones, contribuyendo de una manera escueta y precisa al desarrollo del tema, nos da un ejemplo de la perfección a que en esta materia han llegado las jazz band americanas, en un deseo de super y pluri-tonalizar sus extrañas musicalizaciones. Así también "The ukelele's lady", fox trot ya anticuado, posee una orquestación vocal de primer orden, donde hay coros que por un gradual afinamiento, se convierten en una sola voz, que llega a admitir la superposición de otra, totalmente opuesta, pero sin embargo, exactamente ajustadas al ritmo general.

Son claras como una ternura estas canciones. Florecen de entre la enmarañada ramazón de los instrumentos, sutilizan la orquestación, y nos hacen trepidar el corazón dulcemente. Son canciones para las novias, para los niños y los hombres buenos. Sus notas adquieren una significación profundamente humana porque alaban aquéllo de bueno que tiene la vida, y lo alaban con una falta de exageración realmente emocionante.

Ya sea la voz terriblemente intensa y gangosa de Al Johnson, o la ingenua de Cloyd Griswold, que en "Say Mister Have You Meet Rosi's Sister" (Diga Señor ¡Conoce Vd. la hermana de Rosita) simplifica con su canto, un movimiento complicadísimo del fox-trot, o la severa de Tom Waring que "En sus novios fueron como estrellas fugaces" hace vibrar su garganta inexplicablemente, todas acomodan o dulcifican el tema, por ácido y torturado que él sea.



Conocemos una canción dulcísima, cuyo motivo nos dió Jesse Crawford en órgano Wurtlizer y que cantada por el diseur de la orquesta Jean Goldkette, cuyo nombre ignoro, adquiere una ternura tan simple y comunicativa que llega a cualquier corazón sensible. Se llama "After Pam Sorry" (Después de pedirte perdón), y es una melopea donde está bien situada una sensación de arrepentimiento y de regret, como dicen insustituíblemente los franceses, de cuya emoción secreta dice la dicción varonil y clara del cantor desconocido.

También exaltaremos aquí las interpretaciones de Fran Frey que más de una vez ha sincopado el gracioso cuerpo de mi amiga Gladys en un paso de charleston en su deliciosa "Hola, Aloha, ¿Cómo estás tú?", y en aquel contrapunto de "Let's Make Up", donde es dificultoso seguir la pista de dos voces conjuntas y tan distintas como son las de Frey y Bob Borger.

Y junto con estas canciones, evocadas desordenadamente, vendrá la nostalgia de los días encendidos de amistad, allá en La Rioja, donde junto a las voces del "Blue de la calle 31" y de "Amigo de la Infancia" se iba estrechando una de esas amistades que ya no se desanudan nunca. González Tuñón y Setaro lo saben.

Ulises Petit De Murat (hijo)

EL VIEJO MARINERO TOMA EL SOL

POR EUGENIO MONTES

(Traducción de F. L. Bernárdez)

SABELA, ¿me llevas hasta la solana? Sabela... ¿No me oyes, hija?

—Aguarde un instante, mi padre, ahora lo llevo, —gritó la hija, desde la cocina lejana, mientras acababa de enfilar los panes en la artesa.

Los iba posando con dulzura, despacito, como si en vez de panes fueran inmensas hostias encendidas. Ahora, finada la tarea, era preciso contarlos. Uno, dos, tres, cuatro. La voz de Sabela tenía run-run de rezo. Uno, dos, tres, cuatro; como los padrenuestros en el rosario. Estaba hincada frente a la artesa, la artesa que hoy vestía un mantel blanco, como un altar. Cinco, seis, siete, ocho... Cuenta justa: veintinueve había contado en el horno. Por esta vez Micaela, la vecina, no le robara ninguno. Como Martina estuviera allí a la espera de otra hornada, a fe que no habría perdido. Por lo demás, buena ladrona era la Micaela.

Levantóse Sabela y corrió hasta la solana, con el refajo aun sucio, ¡tenía tanta prisa!, y mansa, leve, fué hacia el padre, para cogerlo de la mano y conducirlo al patinejo.

El pobre viejo quería tomar el sol. Desde que quedara ciego no tenía otro amor. Por la mañana, por la tarde hasta anochecido, a todas horas, tomar el sol en la solana. Pero sobre todo al amanecer, cuando el sol aun es tierno como un chiquilín.

El ciego se ha sentado para tomar el sol. Ansiaba sentir en las mejillas su beso largo y picante. El sol lo guarecía como una enredadera en flor. Y le placía que lo recorriese jugueteando toda la cara y que luego se le enredara, calentándolo con sus vahos ardidos, e hiriéndolo con sus espinas aguijadas.

Después abría las manos y palpaba en el aire. Por más que quisiera, el sol no podría burlarlas porque el ciego espiaba con ellas, alejándolas, oblicuándolas hasta atraparlo. Entonces, el sol vencido se deshacía escurriéndose por los dedos, hasta quedar definitivamente cautivo entre ellos, como una mariposa palpitante.

Pero esa mañana el sol era niño, sin duda, un niño mal criado. Se escabullía no sólo del ciego, sino también de la solana. El viejo ignoraba hacia dónde había huido el sol y quería saberlo. Volvió a llamar a la hija.

—Sabela... ¡Sabela, ven aquí!

Sabela llegábase al viejo, para cumplirle los antojos. El ciego ansiaba por saber si el sol sólo se esquivaba a él o si también huía de la solana.

—No, mi padre, no se mueva. El sol se esconde en el cielo. Todavía es temprano. Tenga paciencia, que no hay prisa. Con las siete y media ha de volver, si Dios quiere.

Sabela trataba al ciego como a un niñito y su voz había adquirido, por la costumbre, un leve compás de cuna. La voz de Sabela arrullaba las palabras de tal modo, que cualquier cosa parecía siempre un

Duerme, mi tesoro,
que viene el diablo.

Otra vez a la cocina, a guardar la olla.

Ya casi son las siete y el padre aun no ha tomado su caldo de desayuno. La hija abanicaba la lumbre de los lares herrumbrosos con una tabla de roble. La hoguera subía, besando las asas del perol mientras la cara y las manos de Sabela rojeaban como el hierro cantaría en la herrería. Todo era abrir la tapadera de la olla para comprobar si el caldo había hervido bastante. Todavía no: faltaba el tercer hervor. En el reverso de la tapadera el vapor iba dejando un poso blanquecino.

Fueron dos minutos los que ahora tardó en volver a mirarlo. Las gotas de agua reventaban, deleznándose y ascendiendo en una escarcha de abajo hacia arriba.

Habría que dejarlo enfriar. Y Sabela hurgaba en la alacena escogiendo las tazas. Esta más grande para el padre, las escudillas pequeñas para los niños, la de madera de aliso para ella.

Llevóle una taza al padre. El ciego la apretaba entre las manos como si tuviera el sol entre ellas. Y aunque estaba férvida, rabiosa de calor, acercábala a sus labios desdeñando la larga cuchara inútil.

—Voy a despertar a los niños. Cuando los arregle ya tendrá sol. ¡No se entristezca, mi padre, no se entristezca!

Y Sabela se adentraba nuevamente en la casa, mientras el ciego seguía a la espera del sol. ¡Demonio de sol! ¡Qué malhumorado! ¡Hoy no venía. Ya estaba pensando...

Y, a lo mejor, el condenado llegaba a la solana sin acercársele. Sabela le dijera que el sol estaba oculto, pero él no creía. Desconfiaba. No había duda que la hija lo engañaba. Pensaba que el sol le tenía odio y que por eso no se le arrellenaba en el regazo. Era seguro que el sol lo andaba rondando. El viejo no dudaba, sabía con certeza que lo andaba atisbando por allí, mirándolo de soslayo, haciéndole arrumacos.

Posiblemente estaría tumbado en un rincón, sobre las mazorcas de maíz que se desperezaban, a cuatro pasos del banco, por la derecha. Acaso habría preferido las tablas mal trabadas de la izquierda. Quizás, y esto era lo más posible, estaría preso dentro de las redes que colgaban al aire, encogido dentro de ellas como un pez todavía vivo.

¡Como hay Dios que el sol estaba en la solana, aunque no se le acercaba! Si no estuviera tullido, ciego y todo se levantaría en su procura. Pero no podía. Es verdad que con llamar a Sabela... Pero el ciego tenía remordimientos de robarle tiempo al arreglo de los rapaces. Y, además, la hija lo engañaría de nuevo. Y el cerebro enfermo del ciego pendulaba desde la desconfianza en la hija —esa mala pécora— hasta la sumisión y la admiración absoluta —esa santita—, porque en veces, muy pocas veces, el ciego percatábase de que estaba algo loco y de que sus desconfianzas eran simples chocheces.

Al fin el sol se acercó a su cuerpo. Arañándolo desde lejos tro, las manos, el pecho, como en perdón por la tardanza inexcusable. El ciego abría los brazos, moviéndolos, como un semáforo. Su corazón latía acelerado y hasta se volvía infantil, saltando a la cuerda, dando altos respingos, jugando a las cuatro esquinas. El viejo sorbía el morriñoso sol con la cara, con las manos, con el pecho, con la cabeza, sumiéndolo por todos los poros. Poco a poco se apiciguaba. Ahora sí que no se le iría. Lo tenía sobre sí, como un paño caliente y húmedo que lo bañase de rocío tibio. Oía pasos. Eran de Sabela. Aunque anduviera por la casa como si una sordina restregase su andar, él la oía siempre porque el sonido más leve le retumbaba en las orejas enarcadas como una tremolina ensordecedora. Debía estar remudando las ropas del lecho, o de las cunas de los chiquillos, los dos chiquillos que tenían su padre exilado en Buenos Aires, iba para cinco años.

—Voy enseguida, mi padre, es un momento.

No sabía de qué manera explicarse, porque como querer no quería nada. Quería — ¿sabes hija? — echar una parrafada, quería estar de broma, pasar el tiempo de palique, hablar de la añada, de los terrenos, de la pesca, de... locuras.

—Tan atareada como estoy, mi padre, con Dosindita enferma — ¡no ha de ser nada, así Dios me salve! — con el ganado en la cuadra sin pacer. Y el ganado, ¿sabe mi padre?, necesita tomar el sol como usted.

Sabela se sentó y empezó por las locuras. Todo el mar estaba lleno de sol. El sol bebía en él porque tenía sed. El sol siempre tenía sed y espumaba, babeándose. Ahora se alargaba sobre el mar para beber hasta secarlo, beber siempre como una esponja. Unicamente estaban sin sol los lanchones de Concha Corneira. Desde el día en que se lastimaron en los arrecifes de Louran, nadie los quería. Sin piel, mostrando los huesos podridos, tullidos en sórdida soledad, pasaban el día en tranquila ronda como en un hospicio. Si hubiera pesca, ya los compondrían, ya, y hasta los pintarían de rojo para que coqueteasen por el mar, como los pañuelos de las mozas en las romerías. Pero con esta miseria... Alguna vez habría de llegarles el buen tiempo en que saliesen a tragar sol en alta mar...

¡Cómo estaba ahora la alta mar! De seguro que el sol se erizaba de luz. Por las lindes de la Anuestra se altivaban las olas formando infinitas tazas en donde el sol alentaba tibio. A fe que el sol enseñaba los músculos e inflaba el pecho con gestos atléticos...

Sabela ya rosmaba con tartajeo y parvo cuchicheo y poco a poco, dulcemente, sin que el padre se enterara iba abandonando el banco, para concluir sus quehaceres.

El ciego vacilaba sintiendo el estrelleo de los sueños. Soñaba, al tedioso sol otoñal, un sueño deshilachado, sin huesos, que se desmenuzaba en polvo cristalino y fúlgido.

Soñaba que era un pardal que picoteaba el sol en bruscos, pío-píos. Soñaba que traía en el zurrón, al tornar a casa con el rebaño, el nido del sol, que le querían arrebatar los demás compañeros. Soñaba que tenía una lucha con el sol, peleando con él, venciéndolo y destripándolo entre sus manos fuertes. Soñaba que el sol era un toro acezante, por los picachos de Caciñós, y que venía hacia él corneando el aire, en loca carrera, aprisa, aprisa, mugiendo y bufando como una tormenta. Soñaba que estaba en un prado y que veía un enjambre de margaritas y que iba hacia el enjambre y que al cogerlo se le escurría entre los dedos en un aguacero de gotas de sol. Soñaba que, cuando era mozo, salía a la sordina y que llevaba el sol ante su barca como un mascarón de proa, en redonda oleada, mientras los remos — don, doon, dooon — abrían dos largos labios en el agua virgen y las estelas morían en azules cementerios.

B E S T I A R I O

La zorra—

El corazón le ha dado un vuelco al sentir la cuerna espantosa.

Pero ha sido un vuelco nada más.

Ella sabe...

Ella sabe que es la cuerna.

El pez colorado—

Topando con el hocico en el vidrio de la bola, tornando arriba y abajo lentamente, sin un destello de luz interna, este animalito es un pobre idiota "non nato".

El hombre lo agarró y lo metió en este globo transparente, inverosímil, que cuelga de un hilo y está quieto en el espacio, para ver en este juguete representada su alma.

El alma es un globo muy diáfano, irreal casi, suspendido y quieto, donde se agitan cosas.

Cuando tenga, lo que en ella se agite, parecido con un pez colorado, el alma pide plaza en un hospital.

El pavo vulgar—

¿Qué tendrá esta criatura en el gaznate que así lo estira y así tose?

Con lento y medido paso — paso de parada, — discurre sin sentirse vejado por la caña del pavero que amaga sobre su cuerpo. El fiate que le posee, le hace decir:

"Tú fíate de mí... Eso que te han dicho es falso; yo sé de buena tinta... ¡Nada, nada! No le des vueltas; las cosas son como son y todo eso es de gentecilla ruín y melindrosa. Hay que tener altura de miras. ¡Glo-glo-glo-rooor!

El canario—

Para este rapazuelo virtuoso tengo yo siete jaulas. Es toda una fiera.

Podrá lucir un plumaje gualda, muy noble; ostentar desenvoltura picaruela y grácil; podrá tener unas patitas delicadas y sonrosadas y un pico...



¡Ah! ¡Esto sí que no!

Las gargantas famosas y los picos de oro, bien están en el jardín una hora, unos instantes, y que luego el viento se los lleve a otro lado. Pero vivir con ellos es como vivir con una de esas temibles personas que han leído sólo un libro en su vida y se lo saben muy bien: sea el de Darwin o sea el de Kant.

La paloma—

Eros y Mercurio unifícanse en ella. Dice la paloma: "Yo soy el amor del Padre y del Hijo, el gancho que hace de tres uno. Los tres somos uno en el amor".

Otras veces dice: "Yo soy la mensajera. Como sé orientarme; como desde el cielo sé cual es la morada y el ventanal de Teresa en Avila, puedo trasladar a la oreja humana la palabra que me dicta el Señor".

Por lo demás ella es guapa y fina de cabos, más grata que la seda es su vestidura al tacto y más mimosa y dispuesta al arrullo que las novias en luna de miel.

Es un piropo fácil para el galán y es una distracción decente para los ancianos.

J. MORENO VILLA

LO IMPREVISTO EN LOS CONCURSOS HIPICOS



HECHOS Y COSAS DE LA SEMANA



El Círculo de la Prensa y la solidaridad profesional—

CUANDO desde los pueblos donde el auge del caudillismo amordaza la libertad de prensa y ofende con ensañamiento a los periodistas que tienen la valentía de ganarse la vida con la oposición, arrojan contra nuestra conciencia un grito de protesta, nos preguntamos:

¿Existe la solidaridad profesional dentro del periodismo? ¿Hay alguna agrupación de gentes afines que vele por los fueros del periodista?

Desgraciadamente, no. Alguna vez hubo un intento de unión, cuyo lamentable fracaso ocasionó cobardías y expulsiones. Ahora, probablemente, fracasaría cualquier otro intento y esto nos entristece, porque arriesga esta interrogante: ¿Extravió el periodista, la costumbre de meditar con su propio cerebro?

El desorden de una vida apresurada, el cansancio que roe la voluntad, la abulia que ahoga en un bostezo todas las indignaciones y las miserables urgencias cotidianas, borran la noción del deber de solidaridad y ensombrecen la conciencia.

El periodista no puede contar con más defensa que su propio grito. Y cuando su voz se pierde en una distancia de muchos kilómetros, donde no alcanza ninguna mano, entonces, estará supeditado a la fuerza de los que lo humillan y lo ofenden.

¿A quién recurrir en demanda de apoyo moral? ¿Al Círculo de la Prensa? El Círculo de la Prensa, es una institución de lujo. El Círculo de la Prensa, no adoptará nin guna actitud noble en beneficio del periodista injuriado, por que el Círculo de la Prensa, espera a que el periodista fallezca para hacerse representar en las ceremonias fúnebres.

Otras preocupaciones distraen al Círculo de la Prensa. Es una sociedad recreativa que organiza grandes bailes y fiestas ruidosas.

El Círculo de la Prensa, desarrolla una función tan inútil como la del Rotary Club. No le interesan las cuestiones de orden moral. Solidarizarse con un movimiento de protesta, significa alterar su tranquila, ociosa, inadvertida y burguesa existencia.

El Círculo de la Prensa, debería ser el club de los profesionales retirados, porque es un círculo de sobremesa.

"La Peña" y los espectáculos de varietés—

Vamos a ocuparnos de otra sociedad recreativa: "La Peña", cuya sede social tiene ubicación en el sótano de un café de la Avenida de Mayo.

En un principio, "La Peña", pretendió girar un capital artístico, bajo el rubro "Agrupación de gente de letras", aún cuando sus principales accionistas no fueran escritores calificados. Después, "La Peña" se convirtió en la agrupación de los amigos de la gente de letras y de los aspirantes a consagrados, es decir, de los artistas en gestación.

Un nutrido catálogo de hor teras festejó los sábados baratos de "La Peña". El "carnet" de socio que cualquiera puede adquirir por cinco pesos, igualó las diversas inquietudes de músicos, poetas, burócratas y empleados de comercio.

"La Peña" acogió con aplauso estimulante las producciones mediocres, organizó veladas internacionales a base de manoseados números de género ínfimo, prohijó literatos sietemesinos, honró a los Encargados de Negocios extranjeros, homenajeó a los actores nacionales, etc., etc...

Resumiendo:

"La Peña" disimula con comentarios bibliográficos y conciertos, su verdadera condición de centro recreativo.

"La Peña", habilitó en la Avenida de Mayo, un nuevo salón de espectáculos de varietés exento de impuestos y nóminas.

"La Peña" realiza su programa de los sábados, con monólogos, tonadillas, entremeses, declamación y música.

La Sociedad de Empresarios teatrales, lesionada en sus intereses tiene la palabra. "La Peña" debe pagar sueldos e impuestos — los mismos que se fijan a las salas de género chico — y además, debe ponerse al día con la ordenanza que rige para esta clase de espectáculos.

En el sótano del Tortoni, que alguna vez alimentó la vanidad de inmortalizarse como el famoso sótano del Royal Keller, "La Peña", — agrupación burguesa tan bur guesa como la lotería de cartones y el juego de dominó —, entretiene con números de varieté, el asombro de los horteras y padres de familia y el aburrimiento de la "gente de letras".

Treinta contra cien—

Cuando Carlos Lindbergh — el hombre de excepción que realizó la proeza más extraordinaria, — partió de América sin otro medio auxiliar que una brújula, dispuesto a cumplir una ruta de treinta y pico de horas de peligro para llegar a París en un solo vuelo sin etapas a través del Atlántico, en Londres se cruzaban apuestas de treinta guineas contra cien, en contra del éxito del gran muchacho yanqui.

¡Treinta contra cien! El cálculo mezquino derrotaba la emoción de angustiosa expectativa que provocaba el heroísmo de Lindbergh, empeñado en una trágica aventura, e imponía una nueva emoción: la emoción del juego.

Aquellos que invirtieron fuertes sumas contra la buena realización de la temeraria empresa, no comprendieron el gesto de Lindbergh, que se traduce en esta frase: morir o humillar al peligro.

No lo comprendieron. Estudiaron las dificultades que se opondrían al éxito en la inmensa extensión de océano, meditaron en la triste suerte de Nungesser y Coli y con mil probabilidades contra una, o lo que es lo mismo: con la certidumbre de que la muerte no se dejaría vencer por Carlos Lindbergh, apostaron treinta contra cien.

Pero, felizmente, se les dió la contraria.

Un homenaje práctico—

El presidente Doumergue, en nombre del gobierno francés, entregó al héroe que venció a la muerte y avergonzó al peligro, la Legión de Honor.

La gente del pueblo quiere también testimoniar su admiración al joven piloto de los Estados Unidos que conquistó el entusiasmo conmovedor de las modistillas y de los ciudadanos de Francia y del mundo entero, y, al efecto, le rinde un homenaje más práctico, que podría resolver económicamente su vida.

Un "restaurant" de París le ofrece a Lindbergh pensión gratis; un sastre le brinda la oportunidad de cambiar su in dumentaria, y las residencias de sus compatriotas se ponen a su disposición. Alimentos, techo y abrigo para toda la vida.

Lindbergh encontró en el aire, la solución de un problema tremendo que socava el cerebro y obscurece la conciencia de tantos hombres. La ansiada solución que ya quisieran para sí, aquellos desdichados que no logran canjear ideas por un traje. Mi oficio de fabricante de ideas — decía Barrett — no me permite por el momento pagar al sastre. Yo le ofrezco cordialmente mis artículos. ¿Por qué no me ofrece cordialmente sus trajes?...

Lástima grande que Lindbergh trace en las alturas la trayectorias de su vida. Debería aceptar el ofrecimiento de los comerciantes franceses y traspasarlo a uno de esos hombres que conservan a duras penas el equilibrio, en la cuerda floja del hambre...

EL SOVIET EN HOLLYWOOD

En lo que va de esta temporada ya se han pasado en los biógrafos de Buenos Aires, muchas películas de carácter soviético — por decirlo así — "El Barquero del Volga", "Resurrección", etc.,— sin olvidar "El Acorazado Potemkin", la extraordinaria superproducción verdadera revelación de lo que es el arte cinematográfico en Rusia, actualmente. "El Barquero del Volga" y "Resurrección", son películas filmadas en Hollywood, con elementos yanquis y dirección yanqui. Y es saludable, que esta dirección haya abandonado los antiguos moldes, y en lugar de buscar truculencias, en donde la sangre enrojece la pantalla, como en aquellas viejas películas de la revolución francesa y el primer período del Soviet, y en donde los héroes del pueblo resulten verdaderos criminales, lleven a la pantalla todo lo que hay de noble y hermoso en eso que fué antes pasto de puerilidades y absurdos. "El Barquero del Volga", es por ejemplo, un film sano, justo, humano, bien pensado y bien hecho, donde se exalta la grandeza de alma de esos puritanos, de esos mocetones hechos para el sacrificio, tan parecidos a los santos, que abundan en la revolución rusa, antes y después, y que grandes novelistas perfilaron en sus obras. William Boy, encarna allí notablemente uno de esos tipos.

Pero íbamos a hablar de "Resurrección", la obra de Tolstoy, llevada al film con el excelente Rod la Rocque y la bella Dolores del Río, actor el primero que, bien dirigido puede llegar muy alto, y actriz la segunda que se revelara en "El Precio de la Gloria", y con el hijo de Tolstoy, mal actor, pero no... ta de "Resurrección", no Hollywood, llegará a producir... velas deben adaptarse al cinematógrafo. El cinematógrafo necesita obras hechas especialmente para el cinematógrafo, pero si todas las adaptaciones fueran como esta de "Resurrección" no tendríamos de que quejarnos. Los yanquis deben seguir por ese camino, esa es nuestra anotación final, el Soviet en Hollywood, llegará a producir películas aún más notables.